

**En esta edición
queremos desde
diversas perspectivas,
mirar el proceso País
que vivimos, para
comprometernos
con su futuro.**



**¡Discernir
para decidir!**

Vínculo

Octubre de 2020 / Año XXXV / N° 345

**Entrevistas
Opiniones:**

**Alan
Bronfman**
Constitucionalista

**Daniel
Mansuy**
Cientista político

**Pedro
Morandé**
Sociólogo

**Ana María
Stuven**
Historiadora

**María
Catalina
Laage**
Pedagoga

**Reseña Libros:
Desafío
Social**
P. José Kentenich

**Mas allá del
Capitalismo
Socialismo**
Jornada de
Montahue 1971
P. Hernán
Alessandri

Hojeando en el Archivo...



Nº 49 - MARZO DE 1991

P. José Antonio Arbulú de Callao, Perú

Numerosas y provenientes de distintos puntos del país y del extranjero, han sido las visitas que la Mater ha recibido en el Santuario de Agua Santa durante el verano de 1991. Sabemos que Ella, con especial alegría, habrá acogido de modo personal a cada uno, bendiciéndoles con las gracias de este Cenáculo de Fundación.

Vínculo conversó con el P. José Antonio Arbulú, sacerdote diocesano de Callao, Perú.

P. José Antonio, ¿cuándo selló su Alianza de Amor con María?

– El 24 de febrero de 1990 en Bellavista, el P. Sidney recibió mi Consagración. Podría haberla hecho en Lima, pero quería hacerla en el Santuario. (...)

¿Qué ha significado para Ud. la Alianza de Amor en su vida sacerdotal?

Me he consagrado de un modo especial a la Santísima Virgen, a la que siempre he amado, llevado por la piedad de mi madre, ya fallecida. Es así que he recogido su herencia y la he ratificado en esa Alianza de Amor con María. En Ella he encontrado bendiciones y gracias... Mi vida se ha hecho plena de la presencia maternal de María; no hay lugar para soledades ni vados existenciales. La piedad mariana de alianza, el carisma pedagógico del P. Kentenich, el interés por la Familia Internacional, en especial de Chile, me permiten desde la Alianza de Amor un mayor compromiso con la Familia del Perú. Soy el único sacerdote schoenstattiano allí y por eso debo multiplicar los esfuerzos por servir y apoyar a la Familia en el Perú.



Nº 50 - ABRIL DE 1991

¿Qué son los Centros oncológicos de María Ayuda?

Cuando supimos que María Ayuda había ampliado su labor social, creando unos Centros oncológicos, decidimos averiguar de que se trataban y ver como la Familia podía ayudar en esta nueva iniciativa. Conversamos con Gabriela Huitrayao de Alvarez. Está casada con Manuel Alvarez, miembros del 9º curso de Federación. Desde diciembre del '87 se desempeña como Gerente General de María Ayuda.

¿Cómo nació la idea de un Centro Oncológico?

– Una voluntaria de Caritas que pertenece al Movimiento, nos comunicó su inquietud sobre una realidad que constataba diariamente en el Hospital Calvo Mackenna. Al Servicio de Oncología llegan niños con cáncer provenientes de todo el país. Vienen acompañados de familiares, los que generalmente no conocen a nadie en Santiago y no tienen donde quedarse. El niño debe quedarse en el Hospital para su tratamiento y los familiares deben volver a sus casas porque sus condiciones económicas no les permiten viajar periódicamente a tratarlos. El hospital debe asegurarse dejando al niño acá, pero aumenta considerablemente su planta con niños que estando "de alta" no pueden volver a sus casas porque vienen de lejos. El problema es que el niño debe permanecer en el hospital sin necesitarlo y ocupa el lugar de otros niños que necesitan atención. Ante esta realidad, María Ayuda se preguntó que podía hacer al respecto y así surgió el Centro Oncológico.



Nº 51 - MAYO DE 1991

En Achumani - Bolivia inaugurada Casa de Formación "Betania"

El domingo 7 de abril, fue inaugurada, en La Paz, la Casa de Retiro y Formación "Betania", cuya construcción se había iniciado ya hace algunos años. (...)

La celebración fue un momento en el cual se pudo palpar la presencia de Dios que llenó de gozo los corazones de toda la Familia y de quienes participaron de ella. De ahora en adelante, se cuenta con una casa donde los schoenstattianos de Bolivia podrán reunirse adecuadamente, celebrar la Eucaristía, realizar jornadas, reuniones de grupo, talleres de formación, y donde podrán ser acogidos los peregrinos que acuden a ese lugar. Sin duda que la fuerza de la Mater, que proviene de la hermosa Ermita ubicada en Achumani, en un entorno natural maravilloso, hizo posible este sueño tan esperado.

La ceremonia de bendición fue presidida por el arzobispo de La Paz, Mons. Luis Sainz, junto a Mons. Gonzalo del Castillo, obispo Auxiliar de La Paz; el P. Mateo Garau, sacerdote jesuita, un gran amigo y apoyo del Movimiento en Bolivia; el P. Rafael Fernández y otros sacerdotes de la Paz. Asistieron aproximadamente 500 personas que repletaron el recinto. La celebración comenzó con una introducción sobre el significado de la bendición de la Casa "Betania", a cargo del jefe del Consejo diocesano de la Familia de Bolivia, Gabriel Miranda. Se refirió al espíritu que animó a la comunidad y a las dificultades que enfrentaron al realizar la construcción (...).

con la mano en el pulso del tiempo...

P. Hugo Tagle M. / @hugotagle

Un lápiz y la papeleta

Si el 2020 es el año del Coronavirus, el 2021 será de elecciones y plebiscitos. La maratón comienza este octubre con Chile, Bolivia, EEUU y Venezuela a fin de año. Pero continúa el 2021 dada la reorganización electoral fruto de la pandemia. Solo los chilenos deberán elegir entre más de 17 mil postulantes a algún tipo de consejo o escaño.

A pesar de los oscuros pronósticos, la democracia en occidente goza de buena salud. El desafío es que se propague al resto del globo y fortalezca la conciencia democrática.

En un estudio de The Economist, de 167 países consultados, 75 cuentan con gobiernos democráticos. Y 53 con un régimen autoritario o dictadura. La cifra parecería alta, pero en la década de los 60 y 70 ésta era aún mayor. África y parte de Asia han ido pasando lenta y dolorosamente a regímenes democráticos; imperfectos aún, pero con visos de fortalecerse.

El 87% de las democracias del mundo cuenta con voto voluntario. De los 26 países latinoamericanos, 12 tienen voto voluntario. El tema es discutido ya que, dada la voluntariedad, disminuye la participación. En Chile, en las últimas elecciones votó el 49% del padrón electoral. Surge un desafío evidente: lograr que más ciudadanos voten.

De los países de la OCDE, Bélgica y Dinamarca son de los que tienen mayor participación electoral: sobre el 80% de ciudadanos vota. En Alemania, para las elecciones del 2017 lo hizo el 69%. Y en Estados Unidos el 2016, el 56%.

¿Cómo lograr mayor interés y participación en las elecciones y por ende en la democracia? Los entendidos afirman que un camino es asegurar la alternancia en el poder. Así aumenta la participación ciudadana en las urnas, dado que "la práctica de votar" hace que ellas "se haga costumbre" y pierda ese halo de evento extraordinario y excepcional, caro y engorroso, que muchas veces tiene o se le quiere dar. La alternancia en todos los niveles de representatividad provoca un sano "tiraje de chimenea", y obliga al ciudadano corriente a involucrarse más en las decisiones públicas.

Un segundo aspecto es el empoderamiento de los foros locales, juntas de vecinos y municipios. Cuando "el poder" se "democratiza" y visibiliza en lo cotidiano, se tiende a participar más en instancias mayores o alejadas de su vida diaria, como son los Parlamentos o la misma presidencia nacional. El ciudadano de a pie, al ver la efectividad de su participación, aumenta su interés por los temas de su región, estado o país.

La democracia nace de una concepción cristiana de la vida: la intrínseca igualdad de todos los hombres, revelada en Cristo. La "cosa pública" es digna del ser humano si es democrática. Y ese sentimiento debería aumentar con el tiempo. El Papa Francisco nos dice en EG: "En cada nación, los habitantes desarrollan la dimensión social de sus vidas configurándose como ciudadanos responsables en el seno de un pueblo, no como masa arrastrada por las fuerzas dominantes. Recordemos que el ser ciudadano fiel es una virtud y la participación en la vida política es una obligación moral". El poder de un simple lápiz y la papeleta.



Vínculo

REVISTA DE CIRCULACION INTERNA DEL
MOVIMIENTO APOSTOLICO SCHOENSTATT CHILE

DIRECTOR:

P. Juan Pablo Rovegno / pjprovegno@gmail.com

EDITOR:

Octavio Galarce B. / galarce@gmail.com

EQUIPO DE REDACCION:

Hna. Jimena Alliende L., María Isabel Banfi,
P. Juan Pablo Rovegno, P. Carlos Cox,
Octavio Galarce B.

 <http://www.facebook.com/RevistaVinculo>

SUSCRIPCIONES

10 ejemplares: marzo a diciembre

CHILE: \$ 18.000.-

AMERICA: US\$ 60 / EUROPA: US\$ 70

POR CORREOS

CHILE: enviar cheque nominativo y cruzado a nombre de
Fundación Movimiento de Schoenstatt

EXTRANJERO: enviar cheque dólar sobre una plaza
de Estados Unidos a nombre de **Padres de Schoenstatt**
a: **Membrillar 55 - Rancagua - Chile**

DEPOSITO / TRASPASO CTA CTE.

Octavio Galarce B. / galarce@gmail.com
Membrillar 55 - Rancagua - 722235665

CONTACTO EN SANTIAGO

- **Bellavista - Centro de Peregrinos:** Editorial Patris
- **Casa Rama de Señoras:** Cecilia Ode

CONTACTO EN REGIONES

- **Viña del Mar:** Olga Huerta
- **Los Angeles:** Enrique Cárcamo
- **Concepción:** Oscar Peralta
- **Temuco:** María Isabel Inostroza Balboa

P. Juan Pablo Rovegno

“Discernir para decidir, decidir para colaborar y comprometernos”



El mes de octubre se nos presenta no sólo como el mes de la Alianza, el mes en que recordamos y revivimos el acontecimiento fundante de nuestra espiritualidad, sino también en medio de la contingencia que vivimos hace un año, con dos acontecimientos que nos impactaron: el estallido social del 18 de octubre que dejó una estela de violencia irracional remeciendo certezas y seguridades, y generando una profunda incertidumbre; y la manifestación pacífica, masiva y plural del 25 de octubre, que congregó una diversidad de anhelos, desafíos y necesidades de miles de personas, dando paso a la esperanza.

Incertidumbre y esperanza se conjugan en el tiempo que vivimos, interpelándonos a hacernos parte del proceso país con sentido de corresponsabilidad, colaboración y compromiso.

Esta edición quiere ayudar a ese discernimiento que nos lleve a mirar el espacio público y el bien común, como dimensiones que necesitan nuestra atención, nuestra reflexión y nuestro compromiso. Hemos pedido a diversas personas (un constitucionalista, un cientista político, un sociólogo, una historiadora, una pedagoga) que nos aporten con su mirada para discernir los desafíos que vivimos, algunos son en formato de entrevista, otros en formato de ensayo.

También seleccionamos una diversidad de respuestas a una Encuesta que hicimos en forma abierta a la Familia de Schoenstatt (el país que sueño y anhelo y nuestra colaboración para hacerlo posible), para sentirnos parte del proceso que vivimos como país, con sus desafíos, dificultades, necesidades y posibilidades.

En este sentido es bueno recordar la homilía del Te Deum recién pasado, en que rezamos por la patria:

“Vienen tiempos que requieren lo mejor de nosotros. Cada decisión pasa por nosotros. Pasa por los demás. Necesitamos de los demás. Nadie se salva solo; ningún grupo solo; unos con otros, todos protagonistas; y con Dios.

Dios promete la paz a su pueblo. Construir la cultura de la verdad y la justicia, del respeto y la paz. ¿Qué debemos hacer?...

Es la hora de la acción, de la generosidad personal: necesita-



mos buenos políticos y gobernantes, legisladores lúcidos y coherentes, jueces amantes de la verdad y la justicia, profesores entusiastas, sacerdotes pastores, personal sanitario sensible y entregado, comunicadores expertos y responsables ante la objetividad de las informaciones y el respeto a las personas. Cada ciudadano que mejora su comportamiento está construyendo el Chile nuevo y mejor. Quien no está dispuesto a cambiar saldrá peor y más empobrecido humanamente de esta crisis que vivimos.

Trabajar para que la justicia y la verdad estén a la base de nuestros proyectos: eso implica en primer lugar participar en las instancias de elección y decisión. Participe, haga su aporte expresando su voluntad a través del voto. Participe. Para decidir bien, infórmese: que le digan las consecuencias de cada opción, pero no permita que nadie le obligue a cómo votar o que nadie decida por usted. Para informarse, además de leer, dialogar: escuchar con respeto, exponer nuestras ideas.

Nosotros tenemos que avanzar porque seguimos empantañados en un estilo necio y contaminado: no se dialoga ya que ni se escucha al otro, ni se reflexiona, y siguen los insultos, las descalificaciones. No es el camino: si tenemos cincuenta personas y se insultan, se descalifican, se agreden, con reunir quinientas o cinco mil, pero en el mismo estilo, no lograremos sino tener un barullo mayor y una violencia más constante. Es tarea de todos, pero quienes tenemos autoridad o relevancia social debemos dar ejemplo.

Si es buena hora para las palabras y diálogos, es hora propicia para los buenos ejemplos. Estar dispuestos a colaborar y trabajar en equipos: nadie tiene toda la verdad, pero todos tenemos algo que aportar”.

(Padre obispo Celestino Aós, 18 de septiembre de 2020)

Es tiempo propicio para una cultura de Alianza, que una, que integre, que sane, que reconcilie y forje vínculos que hagan de Chile una patria más fraterna, una patria familia. **V**

La recuperación de la convivencia social

Se está desarrollando en el país un arduo debate acerca de los disturbios sociales de fines del 2019, los que aún no han quedado resueltos sino apenas planteados, y las perspectivas que se abrirían para la convivencia nacional si se dictase una nueva Constitución o se reformara sustancialmente la existente. Algunos han llegado a plantear la hipótesis de escribir la nueva Constitución sobre un papel en blanco, de modo tal que todas las relaciones sociales pudiesen ser reconstituídas desde cero.

Hay detrás de esta argumentación una especie de voluntarismo jurídico que se contradice, paradójicamente, con el extremo juridicismo que caracteriza el comportamiento habitual de los chilenos, quienes quisiesen normas que resolviesen legalmente todas las incongruencias de la vida cotidiana. Pero en nuestra mentalidad, como todos sabemos, “hecha la ley, hecha la trampa”. El juridicismo ha servido incluso para reformar la Constitución sin tener el quórum exigido para ello.

Es indispensable, por tanto, analizar la realidad social que existe antes de cualquier arreglo constitucional. Los sociólogos pensamos que siempre ha existido una realidad pre-contractual que antecede al ordenamiento jurídico. En el desarrollo histórico evolutivo las sociedades arcaicas han surgido siempre en el espacio de la oralidad, mucho antes que la existencia de la ley, y a pesar de que posteriormente se haya introducido la escritura y el audiovisual nunca han abandonado el espacio primigenio del simbolismo oral y presencial. Lo mismo podemos decir análogamente del desarrollo de cada ejemplar de nuestra especie. Los primeros años de vida de los seres humanos, que son determinantes para su desarrollo, transcurren en la vecindad de la “lengua materna”, de la fonética antes que de la gramática. Después adviene la escritura, habitualmente en la escuela, y luego el audiovisual que pudiese eventualmente anticiparse a la escritura pero nunca a la fonética. En palabras técnicas habría que afirmar que tanto filogenéticamente cómo ontogenéticamente la realidad social es anterior a cualquier pacto u ordenamiento jurídico.

Surge entonces la pregunta: ¿Cuál es la naturaleza de la realidad social y cuáles sus vínculos esenciales? Ante la dificultad de la respuesta, algunos prefieren negar su existencia como fue en el pasado la célebre posición de la premier británica Margaret Thatcher, quien decía que existen las personas y las familias, pero no la sociedad. Pero la posición mayoritaria no tiene esa radicalidad. Siguiendo la tradición europea continental, pero aún antes, la tradición bíblica, ha preferido sostener que la realidad de la sociedad es la realidad de los pueblos que la forman. Ellos son anteriores a cualquier pacto puesto que se constituyen en el entramado intergeneracional que tejen las personas. Tal afirmación se funda en la verdad antropológica

Pedro Morandé

Sociólogo de la Pontificia Universidad Católica de Chile, obtuvo su Doctorado en Sociología (Dr. Phil) en la Universidad de Erlangen-Nürnberg. Se especializó en Sociología de la Cultura y la Religión y en Sociología de la Familia con especial atención al pueblo latinoamericano y su historia social, y durante su vida ha publicado numerosos artículos sobre la identidad familiar y cultural de América Latina. En 2019, la Universidad Católica le concedió el grado honorífico Doctor Scientiae et Honoris Causa, Universidad en la que ejerció la docencia por largos años.



más fundamental que anida en la conciencia de cada persona humana y es que nadie se ha dado a sí mismo la existencia sino que la ha recibido de otros, sus progenitores. Los actualmente vivos podrán continuarla por su parte, si así lo quieren, engendrando nuevos hijos y dándoles como herencia un patrimonio de significaciones de lo que más valoran de su existir. La dinámica social fundamental es, por tanto, acrecentar la vida y donarla a otros del mismo modo como la recibieron de sus antepasados.

Así, la sociedad no se inventa a cada minuto. Menos todavía porque alguien quiera diseñarla en un papel. Sólo Dios crea de la nada. Ningún humano podría hacerlo puesto que lo que piensa y lo que habla, lo que siente y lo emociona, lo que hace y construye habita ya en su inconsciente, en su historia, en su poesía, en su música. Cada nueva generación lo podrá reinterpretar conforme a las circunstancias, lo podrá también acrecentar de sabiduría y de sentido. Pero no estará nunca con la mente y las manos vacías para reiniciar el mundo desde sus caprichos. Conocemos ya aproximadamente doce mil años de historia humana, la que en el trasfondo de la historia del cosmos es apenas un destello, “un disparo a la eternidad” como decía San Alberto Hurtado.

Preguntamos entonces: ¿Cuáles son los vínculos que dan coherencia al pueblo? En primerísimo lugar debemos mencionar la responsabilidad de cada uno de recibir la vida y el patrimonio histórico que hereda, de acrecentarlo y de entregarlo, a su vez, a nuevas generaciones. Es una experiencia en primera persona, puesto que la vida de cada quien es de cada quien. Pero es también una experiencia de corresponsabilidad entre los coetáneos, que no corresponden a una sola generación sino a varias. Con la actual esperanza de vida al nacer (entre ochenta y noventa años), cada presente de la sociedad corresponde a aproximadamente cinco



generaciones. Es decir, cohabitamos con otros en el acto de existir.

Con la responsabilidad viene intrínsecamente unida la imputabilidad. A todo ser humano le es imputable su responsabilidad por parte de los otros miembros de la sociedad. No se trata sólo de la imputabilidad jurídica para el caso de delitos y faltas. También y, antes de ello, de la confiabilidad. Hemos experimentado en los últimos años y no sólo a partir de octubre del 2019 la erosión progresiva de la confianza de la población en sus instituciones. Dejan de ser creíbles cuando no generan la confianza propia de un orden normativo e institucional, es decir, cuando no queda garantizada la reciprocidad de dar y devolver. La consecuencia de esta pérdida de confianza es el descalabro de la autoridad pública como también de la autoridad privada de los padres de familia, de los consejeros espirituales, de los maestros, de la amistad desinteresada, del amor filial y del amor esponsalicio. Pareciera que, en la actualidad, no hay nada más que el dinero capaz de juntar las piedras disímiles de la construcción del edificio y de que el orden social se volviera con ello más líquido y de corto plazo sin poder garantizar una vida sustentable al mediano y largo plazo, es decir, con nuevas y renovadas generaciones.

La confusión de la conciencia sobre estas realidades lleva a un error conceptual que ya Péguy había denunciado al comenzar el siglo XX. Se piensa que porque el hombre es libre es entonces imputable, sin que quede claro cuál es el origen de su libertad. Péguy dio vuelta el concepto planteando que porque el ser humano es imputable, entonces es libre. Es la única manera de entender conjuntamente libertad y responsabilidad sin que se destruyan recíprocamente. De lo contrario ambas siguen su propio camino y apenas logran aproximarse un poco cuando circuns-

tancias extremas y altamente improbables, como la pandemia del coronavirus por ejemplo, se imponen imperativamente sobre ellas. Aún así a muchos les cuesta todavía entender que la conducta libre debe evitar ser contaminante y que asumir responsabilidades es un signo de la propia libertad.

Los países que han atravesado por una crisis de responsabilidad, imputabilidad y libertad pueden recurrir a las raíces más hondas de su cultura para revitalizar el presente y proyectar una convivencia armónica y sustentable hacia el futuro. Se trata de buscar en la historia de la convivencia social la actitud humana más fundamental hacia el “misterio más grande, el misterio de Dios” como gustaba definir a Juan Pablo II. La Iglesia tiene a este respecto una gran misión que no puede endosar a otros sin negarse a sí misma. Se trata de que ella sea el sacramento, el signo visible del Emmanuel que asumió la condición humana hasta la muerte y su presencia quedó ofrecida como compañía del ser humano hasta el final de los siglos. Este signo sacramental debe dar testimonio que, por la Encarnación, Dios se hizo también imputable para el hombre y con el hombre. Y porque se hizo imputable de su responsabilidad divina le abrió al hombre la avenida de la libertad humana de ser, de confiar y ser confiable. Tal libertad es la que el Evangelio nos enseña que nace de la verdad y nos permite un juicio adecuado frente al ser humano y sus circunstancias.

¿Puede haber una estrategia mejor que la verdad que nos da la libertad interior para renovar los vínculos sociales? Sin duda existen muchos factores económicos, políticos, sociales, psicológicos y educacionales que necesitan ser analizados para completar un mosaico complejo en una sociedad también compleja. Pero siempre es necesario volver a lo esencial para no perder el rumbo del pensamiento y del juicio y sobre ello hemos querido reflexionar. ▣

"Creo que ser un buen ciudadano, un ciudadano informado... es un deber ético para todos"

EQUIPO VINCULO



¿Qué es una constitución? ¿Cuál es su relevancia para la vida de una nación? ¿Tiene importancia sólo a nivel de principios generales? ¿Cómo incide en nuestra vida ciudadana concreta?

– La Constitución es un conjunto de normas jurídicas dirigidas a limitar el ejercicio del poder político para proteger la libertad del individuo. Este conjunto de normas jurídicas organiza la vida política de una comunidad política, fijando las reglas básicas para su funcionamiento.

Su importancia se mide en relación con su propósito que es la protección de la libertad. En tanto la libertad del individuo es uno de los cimientos de nuestra vida en común, la Constitución es un instrumento fundamental para asegurar que esa libertad será respetada y protegida en la sociedad de la que formamos parte.

Las dos principales herramientas con que cuenta la Constitución para proteger la libertad son la separación de poderes y los derechos constitucionales. La separación de poderes es la que distingue tres funciones principales para la organización política y las distribuye en tres órganos: la función legislativa, la función ejecutiva y la función judicial. El propósito de la separación de poderes, de acuerdo a uno de sus principales teóricos (Montesquieu en el siglo XVIII) es que “el poder frene al poder”, esto es, que un poder político frene o contenga a otro poder político para que no vulnere nuestra libertad. Por eso es que la discrepancia entre el Congreso Nacional y el Presidente de la República no es algo anormal. Esta discrepancia, en el caso de la separación de poder-



Alan Bronfman Vargas

Abogado de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Doctor en Derecho de la Universidad de Santiago de Compostela, España.

Es profesor de la Escuela de Derecho de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, en la que ha impartido docencia de pregrado en las asignaturas de Derecho Constitucional y Derecho Parlamentario. Asimismo, ha impartido docencia de postgrado en el Magíster en Dirección Pública, Magíster en Derecho y Programa de Doctorado en Derecho.

Fue Secretario General de esta Universidad, entre los años 2006 y 2010, Decano de su Facultad de Derecho, entre los años 2010 y 2019, y Director del Programa de Doctorado en Derecho de la misma institución.

Además, fue Suplente de Ministro del Excmo. Tribunal Constitucional de Chile, entre los años 2013 y 2017.



res, sirve para controlar los abusos en que quiera incurrir un poder, ya que tal abuso sólo podría tener lugar si están de acuerdo todos los poderes: las dos Cámaras, el Presidente y el Poder Judicial.

El segundo mecanismo de protección de la libertad son los derechos constitucionales. Estos derechos reconocen la libertad, la igualdad y la dignidad básica de todos los seres humanos y la protegen. La Constitución garantiza, por ejemplo, la libertad de opinar y de informar, la libertad de conciencia, el ejercicio libre de todos los cultos, entre otros. Si algún derecho o libertad es vulnerado o amenazado, pueden interponerse acciones de tutela ante los tribunales de justicia, los que cuentan con facultades para impedir o detener el daño.

Ahora bien, si bien la Constitución contiene principios, también contiene reglas específicas y ambos sirven para proteger los derechos y libertades. Ejemplo de un principio es el principio de probidad (artículo 8°) que obliga a los agentes del estado actuar de manera honesta y leal. Ejemplo de regla: si se pretende privar de su propiedad a una persona para satisfacer una necesidad pública (e. g. un terreno para construir una carretera), debe existir una ley que autorice esa expropiación y debe pagarse una indemnización que cubra el “daño patrimonial efectivamente causado” (artículo 19, núm. 24).

Todo lo anterior incide en la libertad de que gozamos. Lamentablemente, muchas personas sólo perciben la libertad que poseen cuando la pierden

1. ¿Cuál es la Patria que anhelo?

2. ¿Qué estoy haciendo para conquistarla?

Pablo Vidal / Instituto de Familias

1. Pienso en un país diverso e inclusivo, donde cuidar la Casa Común y la dignidad de todos sea el imperativo
2. En mi trabajo, apoyando la transformación de empresas hacia la Sustentabilidad. En nuestra casa, cuidando la naturaleza, el agua y reciclando. En mi vida, atreviéndome todos los días a vivir sosteniblemente.

Roberto Prieto Urzua/ Rama de Familias – La Serena

1. Una Patria que cobije a todos sus habitantes en un marco de respeto mutuo y con autoridades ocupadas en legislar, resolver y conducir al país, privilegiando el bien común por sobre intereses partidistas.
2. Participando en cada una de las actividades cívicas a las que puedo acceder, de manera responsable: escuchando, proponiendo lo que estimo es razonable, posible y orientado al bien común.

Sandra Tobar / Rama de Familias – Colina

1. Una patria unida, donde reine la diversidad, la paz, la solidaridad de corazones, el cuidado del medio en que vivimos y donde Dios esté al centro de nuestras vidas
2. Trabajando para tener una familia unida en el amor de Dios y tratando de ser coherente en la fe y mi vida diaria.

Raúl Antonio Beltrami / Federación de Familias – Quillota

1. Una Patria que respete su historia, a sus ancestros, sus tradiciones y en donde se trabaje para conquistar la fraternidad, la solidaridad, la justicia en la distribución de la riqueza, el derecho a la salud, trabajo, educación y vivienda.
2. Tolerancia y respeto por el próximo.

Fernando Besser / Federación de Familias – Campanario

1. Nuestra patria es nuestra casa donde queremos vivir con el respeto y la promoción de la dignidad de hermanos que contribuyen al engrandecimiento de nuestra autoestima individual y social, para que todos tengan pan, respeto y alegría.
2. Construyendo confianzas desde un diálogo auténtico y familiar que le crea al otro, sume con el otro, agrandando su mirada física, moral y ética.

Carmen Luz Sáez / Rama de Familias – San Fernando

1. Anhelo una Patria justa, generosa, exenta de egoísmos, preocupada y centrada en el bienestar de los demás antes que el mío propio. Anhelo una patria enamorada de Dios.
2. Me informo, rezo, promuevo la preocupación por el otro. Estoy atenta a las necesidades ajenas.

Hernan Medina Rueda / Federación de Hombres

1. Un país en que todos nos reconozcamos como hermanos, capaces de reconocer el valor de lo diverso, con fuertes lazos solidarios y una particular opción, desde el estado y la sociedad civil, por los más pobres.
2. Un esfuerzo en comprender, sin adelantar prejuicios, los motivos y argumentos que mueven la acción de las personas y que buscan incidir en la vida social, política y cultural.

María Angélica Pedemonte / Federación de Familias

1. Una Patria de hermanos.
2. Tratando de cultivar en cada encuentro con persona conocida o desconocida esa actitud: "Este es mi hermano (a)" y buscando en el o ella el rostro amado de Cristo.

y, a veces, es muy tarde para intentar protegerla. A la inversa: una Constitución que funciona bien, no siempre es ostensible, pues la libertad simplemente se disfruta como parte de la vida.

¿Qué es mejor, de acuerdo a nuestra historia e idiosincrasia, un texto exhaustivo o un texto de grandes líneas y principios? ¿Cuál ha sido nuestra tendencia?

– Nuestras Constituciones han sido más bien breves, en especial, si las comparamos con otras de Iberoamérica muy extensas (como la de Colombia o la de Brasil). Las Constituciones extensas, por fuerza, regulan más tópicos y suelen hacerlo con más detalles. Por lo mismo no envejecen bien, porque la vida y las sociedades cambian, y las normas pierden actualidad.

Por lo dicho, creo que es prudente un texto breve, que refleje ideas esenciales que generan consenso social (como la igualdad ante la ley o la inviolabilidad del hogar) y dejar su desarrollo a la ley y, en su caso, a la jurisprudencia.

Mucho se ha hablado de una constante de crisis en nuestra historia institucional (cada 40 años), ¿cómo ve usted, desde una perspectiva constitucional, ese desarrollo histórico? ¿Obedece sólo a coyunturas políticas o a la necesaria evolución y profundización de la vida constitucional e institucional de nuestro país?

– La historia de nuestro país ha pasado por momentos difíciles y por crisis institucionales. No obstante, hay sólo dos que rompieron de modo completo la convivencia pacífica: la de 1891 y la de 1973. El sistema político, con dificultades, ha sido capaz de salir de graves crisis y construir un orden constitucional que, pese a sus defectos y vacíos, ha servido para enfrentar problemas sociales relevantes. Aunque nunca es pertinente un discurso triunfalista ni un consuelo relativo, la historia de Iberoamérica en el siglo XX exhibe problemas sociales profundos y respuestas estatales que, en muchos países, ofrecen poco y nada. La Constitución chilena ha generado un marco político en que nos hemos entendido y avanzado en soluciones valiosas para los chilenos. Queda mucho por hacer, como siempre, pero eso no significa que el régimen constitucional deba desecharse y reemplazarse por uno nuevo.

En este contexto, entiendo que siempre es bueno revisar lo que hacemos e intentar mejorar aquello que no hacemos bien. La Constitución no es una excepción a este criterio: debemos revisarla y mejorar los aspectos en lo que no está funcionando bien.

En la situación actual, sin embargo, no tengo claro si dicha revisión persigue una genuina evaluación de lo que tenemos y de lo que debemos

cambiar. Observo que algunas fuerzas políticas sólo repiten algunas críticas generales sobre la injusticia social, el neoliberalismo y el régimen militar y no intentan levantar un buen diagnóstico, serio y razonado, de aquello que podrían ser los problemas precisos de la Constitución. Como es lógico, no discrepo de la idea de realizar un cirugía donde sea necesario, pero sí de la idea de organizar una operación de cirugía mayor cuando el único diagnóstico que tenemos sobre la mesa es que creemos que el paciente está enfermo y nada más. De paso, puedo agregar, varios de los problemas generales que se achacan a la Constitución no tienen relación con sus normas, sino con leyes y políticas (promovidas por gobiernos de izquierda y derecha) instaladas en los últimos treinta años.

El proceso constituyente que vivimos ha canalizado muchas inquietudes, desafíos, frustraciones, necesidades, diferencias, tensiones y conflictos, ¿hasta qué punto el plantearnos una nueva constitución es el canal más eficaz para responder a esos temas? En ese sentido, el hecho de haber una presión social y política, incluso violenta, ¿legítima o no el proceso?

– Tenemos como sociedad problemas, frustraciones, necesidades, diferencias y conflictos. Eso es claro. Como muchas otras sociedades más o menos desarrolladas que la nuestra. Creo que ante cada problema es necesario realizar un diagnóstico real y revisar las alternativas de actuación que parecen viables. Varios de ellos no tienen respuestas sencillas, ni rápidas, y cualquier persona sensata puede reconocer que no siempre los poderes del estado o los que otorgue una Constitución (nueva o vieja) son suficientes para enfrentarlos. La educación de los niños más pequeños en barrios vulnerables, afectados por una extendida drogadicción juvenil, es un ejemplo de problemas que no pueden ser solucionados con el texto de una ley (o de una Constitución), ni con más policías o Carabineros, o con más campañas publicitarias. Son problemas en que la propia sociedad, la familia y las instituciones tienen que aportar (y mucho), al esfuerzo emprendido desde la política, pues de otro modo no avanzamos nada. Si creemos que el texto de una Constitución tiene propiedades mágicas para solucionar problemas complejos, prescindiendo de las personas, la sociedad y otros instrumentos políticos y jurídicos, estamos profundamente equivocados.

Respondiendo la pregunta formulo una opinión estrictamente personal. Cuando reviso las encuestas sobre las diez principales preocupaciones de los chilenos me encuentro invariablemente con necesidades y problemas que deben ser abordados con políticas de gobierno y, en algún caso, mediante reformas legales y reglamentarias. La



Constitución tiene poco que hacer sobre ellos. Su impacto regulatorio sobre las necesidades y problemas que todos conocemos es menor (a menos que pensemos que un estado que lo solucione y provea todo es una buena respuesta).

La presión política me parece indisolublemente unida a la democracia. No me queda claro, eso sí, su valor, al menos en la forma como se presenta por los medios de comunicación. Hay gran actividad virtual cuyo origen desconocemos. También mucha información falsa, reuniones masivas, protestas y encuestas que cuesta dimensionar en su valor efectivo como opinión social: ¿la entendemos como presión social o presión de algunos grupos insatisfechos con el gobierno y la representación parlamentaria? Hay importantes encuestas que se realizan mediante una llamada a teléfonos fijos de la Región Metropolitana ¿qué reflejan sus resultados?. Soy muy anticuado y desconfiado y tiendo a tomar como válida y confiable la opinión democrática de los chilenos expresada en su voto libre e informado en cada votación popular. Esa “presión social” manifestada en votos, creo, es el principal referente para adoptar decisiones políticas importantes.

Por supuesto que la violencia deslegitima el debate y los acuerdos políticos y jurídicos que la sociedad chilena pueda alcanzar. Los totalitarismos y autoritarismos del siglo XX y XXI se construyen siempre desde violencia y la democracia no debe dudar en utilizar los instrumentos con que cuenta para controlarla y hacerla desaparecer de nuestra vida política.

En el proceso en cuestión y sus alternativas, ¿qué consecuencias institucionales tiene una y otra posibilidad, teniendo presente el desafío mayor que tenemos como país (la desigualdad, el cambio cultural-valórico, la polarización, la inclusión, las preguntas en torno a la legitimidad del texto constitucional en discusión)?



– Creo que el precedente asentado por este plebiscito no es bueno para la política. La política está generando, en ciertos sectores de la sociedad, la idea que una nueva Constitución solucionará todos o casi todos los problemas y que, por el contrario, no tener una nueva Constitución equivale a consolidar dichos problemas. Este dilema es radicalmente falso.

Quienes sostienen que la Constitución puede convertirnos en una sociedad sin problemas económicos, con grandes jubilaciones y prestaciones gratuitas de salud y educación de muy buena calidad, no están siendo realistas. Están ofreciendo algo que la Constitución no puede ofrecer, pues como dije antes la Constitución es un instrumento para proteger la libertad y no un medio para asegurarnos el acceso a ciertos bienes materiales. La experiencia reciente muestra que las Constituciones que renuncian a su tarea de proteger la libertad y que optan por concentrar y robustecer el poder del estado, sólo terminan ofreciendo un bien: igualdad para todos, eso sí, nivelada de acuerdo al que menos tiene. Algún sabio dijo que una Constitución no puede asegurar la felicidad de todos, pero sí la infelicidad de casi todos...

Respondiendo, entonces, la pregunta: entiendo que las consecuencias de una opción como la planteada, de reforma total, no son buenas para la política ni para el Derecho. Los problemas anotados en la pregunta, en el mejor de los casos, seguirán esperando una respuesta incluso después de que tengamos una nueva Constitución. Incluso la cuestión de la legitimidad podría no ser resuelta si no hay una mayoría clara de chilenos que apruebe el nuevo texto fundamental.

Se argumenta la necesidad de una representación mayor (convención mixta o convención constituyente) para la eventual elaboración de

un nuevo texto constitucional, ¿eso es signo de un desarrollo en la noción de la representatividad o bien, consecuencia de la desafección frente a la institucionalidad representativa tradicional?

– Entiendo que lo segundo. Los partidos políticos chilenos no están asumiendo bien su labor representativa. En esta materia, los altos porcentajes de abstención en votaciones populares no ayudan, como tampoco la reforma del sistema electoral. La desafección es un problema que sufren muchas democracias y que ha alimentado, como respuesta, la proliferación de ofertas políticas populistas y demagógicas.

La agenda de los partidos políticos coincide poco con la agenda de prioridades políticas de una buena parte de los ciudadanos. En consecuencia, la agenda legislativa del Congreso Nacional no es capaz de ofrecer respuestas oportunas en temas muy relevantes para la población. En Chile, no deja de ser paradójico que frente a problemas graves tenemos a los jueces ofreciendo soluciones (piénsese en las alzas de los valores de los planes de salud) o a organismos de la Administración Pública (como el SERNAC), y no a los legisladores intentando afrontarlos. Tenemos a alcaldes intentando crear farmacias con medicamentos accesibles y los órganos antimonopolios o al ministerio público combatiendo la concertación de precios ¿y el legislador?... Observo que no se trata de problemas nuevos.

Por supuesto que no podemos pedir al ciudadano común que empatice con una política nacional que prefiere dedicarse a temas que sólo interesan a los partidos políticos.

En la perspectiva del desarrollo constitucional futuro ¿cómo incide este cambio en la noción de representatividad?

– Los partidos políticos, en los hechos, tienen el monopolio de la representación política. Esto significa que las reglas existentes para construir la representación les acomoda. Los senadores y diputados representan a los partidos políticos “triunfadores” en la política chilena y es normal que, pese a su discurso crítico, no quieran cambiar nada de aquello que los beneficia.

Creo que sí pueden promoverse cambios, aunque tengo dudas que ellos tengan su lugar en la Constitución. La competencia de los partidos políticos por el voto debe incrementarse, pues dicha competencia genera incentivos para una mayor representatividad. Las primarias avanzan en este sentido. También creo que mejora la representatividad un sistema electoral uninominal, como el del Reino Unido o de Estados Unidos o uno que mezcle un sistema mayoritario con el proporcional como en Alemania o Nueva Zelanda.

En la situación presente, no creo que la refor-

ma de la Constitución por una convención mixta o constituyente logre mejorar la representatividad de los partidos políticos. Los partidos políticos dominarán una y otra, directa o indirectamente, y no harán nada que atente contra su posición monoplónica.

Uno de los temas presentes en la discusión es la paridad y también la representación de los pueblos originarios, en su opinión ¿obedece a razones circunstanciales culturales o al desarrollo de la noción de representatividad y participación?

– El reconocimiento de los pueblos originarios es un avance que tiene un impulso internacional, seguido de un apoyo político local. Este reconocimiento es muy relevante para la vida de una sociedad sana. Con todo, la representación y participación de los pueblos originarios en política es una cuestión delicada y que, en la práctica, con malas decisiones, puede conducir a desandar lo avanzado en igualdad ciudadana. Ciudadano es el rico y el pobre, el vulnerable y el no vulnerable, el moreno y el de tez clara, el con ancestros araucanos y el con ancestros alemanes, etcétera. La idea que todos los ciudadanos somos iguales es esencial para la democracia y abrir una puerta a la desigualdad ciudadana puede generar más problemas de los que soluciona. Entre otros, la desigualdad ciudadana incentiva la idea de seres humanos diferenciados, distintos y ajenos, y eso fomenta la exclusión por uno y otro lado. Notemos, además, que hay movimientos políticos que ganan poder político con la división y exclusión, y eso lleva a profundizar y perpetuar las diferencias y no a cultivar la armonía social.

En estos términos, la representación y participación de los pueblos originarios en la medida que se configure en condiciones de igualdad con el resto de la ciudadanía, debe ser bien recibida. Por cierto que si esa representación y participación encuentra obstáculos que impiden su desarrollo, esos obstáculos deben ser identificados y removidos.

¿Cómo conciliar la necesidad de participación y representatividad, con la escasa participación formal efectiva y la desafección institucional general?

– Es parte de los problemas de la democracia del siglo XXI. Una respuesta tradicional es una mejor educación cívica, la que sin duda ayuda. Creo que ayuda todavía más la “experiencia cívica”, esto es, la experiencia de la persona de coordinar acciones y tomar decisiones con personas distintas y diferentes en lo social, cultural y económico. Esta experiencia, en la medida que ayude a generar el entendimiento del prójimo, sus pro-

blemas e intereses, puede ayudar mucho a la democracia. Lamento, en este sentido, que nuestra sociedad tienda a organizarse y a convivir en feudos aislados, lo que conduce al desconocimiento y exclusión de aquellos que son simplemente “los otros”, cuyo futuro no interesa.

Si la democracia no forma parte de nuestra vida como un valor importante, por supuesto que sus instituciones son lejanas, poco relevantes. Cuando se han hecho encuestas acerca de los motivos para no ir a votar aparece este dato: la política, la convivencia democrática tiene menos valor que ir a tomar un poco de sol al parque.

Ante la posibilidad de un nuevo texto constitucional ¿qué principios considera usted irrenunciables a la luz de nuestro desarrollo institucional, nuestra idiosincrasia y nuestro acervo cultural?

1. ¿Cuál es la Patria que anhelo? 2. ¿Qué estoy haciendo para conquistarla?

Raquel Labra Morales / Rama de Familias – Linares

1. Una patria con oportunidades, con educación de calidad y gratis, con derecho a la salud. Una patria donde las opiniones sean respetuosas, donde la violencia no tenga espacios, una patria con valores y dignidad para todos.
2. Educando a mis hijos, conversando temas que nos permitan estar más cerca, expresando mi opinión cuando sea pertinente.

Guillermo Silva / Rama de Familias – Colina

1. Una Patria solidaria, de oportunidades, que permita el desarrollo personal, que tenga como base la familia, respetuosa de las creencias personales y que como familia nos integremos a una gran familia nacional, velando por las personas necesitadas, dignificando nuestra esencia de ser hijos de Dios.
2. Solidarizando con el necesitado. Rediseñando mis intereses personales en un sentido comunitario. Transmitir y fomentar el respeto por los demás al interior de mi familia y de mi entorno laboral.

Cecilia Cardoen / Rama de Familias – Maipo

1. Una Patria en que todos vivamos con dignidad, donde todos nos sintamos necesarios, vivamos en paz y nos ayudemos mutuamente.
2. Tratando de encarnar estas características con los más cercanos para comenzar el cambio.

Macarena Vergara / Federación de Familias – Rancagua

1. Unida, mariana, tolerante, honesta solidaria, respetuosa, esforzada, estudiosa, amante de su familia, generosa, participativa, libre.
2. Tratar de predicar con el ejemplo, rezando por nuestra patria, conectándome con el acontecer nacional, participando de campañas solidaridad, poniendo prioridad a la formación de nuestros hijos.

Sara Aguilar / Juventud Femenina – Los Angeles

1. Sin conflictos, en paz, unida y con Dios como pilar.
2. Siendo testimonio de paz, quien me ve, que te vea a ti María.



– Pondría en primer lugar la convivencia pacífica fundada en el respeto al prójimo: renuncia total a la violencia, en todas sus formas, la voluntad de formar parte de un debate político racional e informado, y la voluntad de aceptar el resultado de un proceso decisional democrático. Si no hay violencia, debatimos racionalmente y adoptamos decisiones de acuerdo a las reglas de la democracia, tenemos un buen punto de partida.

Un listado de principios y reglas irrenunciables, creo, es el que contiene el listado de libertades y derechos del artículo 19 de la Constitución vigente. Por cierto que siempre es posible revisar alguna cuestión específica, pero en su conjunto merece reconocerse como un marco de libertad mínimo. Contra lo que se sostiene, dicho listado no es un capricho del régimen militar: es fruto de una evolución constitucional que remonta sus hitos importantes a las Constituciones de 1828, 1833 y 1925.

Una de las grandes motivaciones de este proceso es el desafío social real que tenemos, que ha quedado de manifiesto al tomar conciencia de tantas fracturas y desigualdades sociales. ¿Un texto constitucional puede responder a ese desafío, de qué manera?

– En términos abstractos y generales, sí, puede responder a este desafío, al menos como primera respuesta. Es lo que ha sucedido con procesos constituyentes que nacen a partir del término de un régimen autoritario. Un ejemplo es la Constitución española de 1978, aprobada tres años después de la muerte de Franco, la que intenta cerrar las heridas producidas por una guerra civil acaecida cuarenta años antes.

Este desafío puede ser asumido por la Constitución si su texto cuenta con la base de un consenso político generalizado. No puede ser asumido, a la inversa, si no existe un consenso amplio acerca de cuál es el problema constitucional y cómo será resuelto. No tengo claro si en Chile, en este mo-

mento, tenemos ese diagnóstico compartido y esa respuesta aceptada por todos.

Como sea, volviendo a lo general, en tanto símbolo la Constitución puede aportar como parte de una sanación a una fractura histórica. Como instrumento jurídico está muy lejos de poder solucionar la desigualdad social, cultural y económica. En mi opinión, la desigualdad en una sociedad con poco desarrollo y cultivo espiritual, es un problema cuya solución siempre se alejará.

Por otro lado se teme que valores fundamentales (vida, familia, libertad individual) pueden ser borrados, ¿Cómo se pueden asegurar para que sigan inspirando nuestra vida ciudadana?

– No se pueden asegurar. Un trozo de papel, por importante y valioso que sea, no puede, por sí solo, defendernos frente a la concentración y abuso de poder. Los alemanes en 1933 tenían una Constitución y ella fue destruida por los nazis.

La sociedad tiene que defenderse a sí misma. Todos o casi todos los regímenes autoritarios y totalitarios han iniciado su ascenso al poder apoyados por los procedimientos democráticos. Los ciudadanos, por lo común, pueden defender los valores fundamentales de la sociedad con el uso adecuado de ese otro trozo de papel que es el voto. No se trata de una garantía infalible, pero buenos representantes políticos pueden ayudar a la defensa de tales valores.

Entiendo que el ciudadano que tiene valores fundamentales debe ilustrarse, debe estudiar, conocer, preguntar. Se puede aprender mucho escuchando y, por supuesto, leyendo sobre nuestra historia reciente. Creo que ser un buen ciudadano, un ciudadano informado que formula preguntas y busca respuestas, es un deber ético para todos.

¿Tendrán constitucionalistas y expertos la posibilidad de participar y colaborar, desde su experticia, en este proceso?

– No lo se. Los líderes políticos tienen su propia agenda e intereses y no estoy seguro que dentro de ella esté redactar una buena Constitución, o por lo menos una que genere un consenso amplio e inclusivo. Leo algunas declaraciones y me parece entender que la ambición de algunos es tener un voto más que el adversario en la Convención para imponer sus ideas o bien borrar todo lo hecho hasta la fecha. En este sentido, si el propósito de los líderes del cambio es destruir lo construido e imponer una ideología política distinta, el apoyo especializado sólo provendrá de quienes apoyan dicha ideología. Por el contrario, si el propósito de una reforma constitucional es lograr una buena Constitución, que refleje el sentir de la mayoría de los chilenos, no debiese ser difícil encontrar expertos que quieran ayudar en su elaboración. ▀



La familia

Primer espacio de formación ciudadana

A partir de las manifestaciones y la crisis social ocurridas en octubre del año pasado en nuestro país, se levantaron numerosas reflexiones acerca de nuestra vida en sociedad, las políticas e instituciones públicas, la responsabilidad, la justicia social y la Constitución. Estas inquietudes y reflexiones también fueron traspasadas a las escuelas y establecimientos educativos como los espacios donde los niños y jóvenes aprenden formalmente sobre las instituciones y la vida pública, tienen instancias de participación y experiencias democráticas (centros de alumnos, consejos de curso, proyectos sociales) y se forman como futuros ciudadanos. Efectivamente, las escuelas deben educar la participación ciudadana, la lógica del diálogo, el respeto, la responsabilidad y la justicia entre muchos otros valores esenciales para la vida pacífica en sociedad. De hecho, desde el año 2016 se establece la obligatoriedad de tener un plan de Formación Ciudadana para los estudiantes, no solo para aprender acerca de las instituciones y procesos de la vida en democracia (como lo instruí la antigua asignatura de Educación Cívica), sino para desarrollar habilidades que les permitan asumir una vida responsable en sociedad. Ciertamente, esa formación es un compromiso fundamental de las instituciones educativas, sin embargo, anterior a ella, existe un organismo

María Catalina Laage Vaccaro

Profesora de Inglés PUC. Magister en Educación, Mención currículum y evaluación Universidad Mayor. Master in English Language Arts © Universidad de los Andes. Certificado en Liderazgo y Gestión Escolar Universidad de Harvard. Rectora Colegios Monte Tabor y Nazaret. Miembro de la Comunidad Apostólica Militante de Schoenstatt. Casada, 4 hijos.



básico en la sociedad en el cual ocurre el primer y principal aprendizaje de valores y virtudes esenciales y necesarios para una buena convivencia ciudadana. Esa institución, a la que reconocemos como la base de la sociedad, es la familia.

Desde etapas antiguas de la historia de la humanidad, el primer espacio de aprendizaje y socialización del nuevo miembro de la comunidad era la familia o el núcleo al cual pertenecía. Mediante la imitación de los mayores o la instrucción directa, el nuevo integrante adquiriría los conocimientos necesarios para desenvolverse, participar de la comunidad y ser un buen ciudadano. Ya en el siglo V.A.C. Sófocles afirmaba “aquel que es bueno en la familia será también un buen ciudadano” refiriéndose a que las cualidades para ser un ciudadano cívico y responsable eran producto de un comportamiento dedicado en la familia. A lo largo de nuestro desarrollo humano y cultural, la familia ha sido la forma de organización social fundamental para el desarrollo de las personas, la socialización y la educación de los valores y virtudes esenciales para la convivencia en sociedad, convirtiéndose en el primer ámbito de formación para la ciudadanía.

Es en la familia donde nos formamos en primer lugar, como personas. Como padres anhelamos que nuestros hijos, consientes de su dignidad como seres pensados por Dios, descubran su ideal personal, lo que están llamados a ser, alcancen su propia plenitud y como resultado, la felicidad. Para ello, lo primero que procuramos es que se sientan amados y que, a través de esas experiencias de amor, aprendan a amar a los demás. Experimentar el amor incondicional de los padres, es la base fundamental para una convivencia orientada a la paz. En palabras del Papa Francisco, “La familia es la primera comunidad donde se enseña y se aprende a amar... Es fuente de toda fraternidad y por eso es también el fundamento y el camino primordial para la paz.” La experiencia de amor de los hijos es la base para el desarrollo de la seguridad, el autoconcepto positivo y permite a los padres educar con normas y límites como una manifestación de ese amor.

La educación para el amor en la familia viene acompañada de la educación para libertad y la búsqueda de la verdad. Para lograrlo es imprescindible la educación en valores y virtudes y que estas se traduzcan en una forma de pensar, actuar y convivir y, por lo tanto, en las pautas para una vida en sociedad y el uso adecuado

1. ¿Cuál es la Patria que anhelo?

2. ¿Qué estoy haciendo para conquistarla?

María Dolores Bordera / Rama de Señoras – Los Pinos

1. Tal vez suene utópico, pero la más parecida posible a la patria celestial, es decir, lo más parecida a una familia de hermanos, hijos de un mismo padre.

2. Tratar de vivir mi vida día a día de la mano de un Dios que es Familia.

Carlos González / Rama de Hombres – Agua Santa

1. Lo más parecida al Reino: acogedora con todos, solidaria, ocupada en atender a los pobres, niños, viejos, dándoles respuestas dignas. Con personas capaces de ver en el otro un hermano, donde valga más hacer lo justo que ganar dinero o status. Plural y respetuosa. Al servicio de todos; también de las otras patrias y del planeta común. Con amor por las futuras generaciones.

2. Práctica diaria de oración, trabajo sobre mí mismo (autoeducación) con mi esposa y con mi grupo de vida. Transmitir este espíritu en mi trabajo, con mis alumnos, colegas, en lo que escribo, consciente lo más que puedo en que mi trabajo esté orientado y alineado con el Reino. También lo mismo en mis círculos sociales y familiares, en mis conversaciones. No favorecer pelambres, prejuicios, discriminaciones, violencia, etc.

Mauricio Toro / Federación de Familias – Campanario

1. Una patria que sea una comunidad, donde todos podamos reconocernos como hermanos, y nos cuidemos mutuamente. Donde prime el respeto y la solidaridad.

2. Trabajo en un hospital público, donde soy Director. Trabajo en la formación de profesionales de la salud. Realizamos preparación de novios y dirigimos un grupo de matrimonios de nuestra parroquia.

Alejandra Salinas / Movimiento Popular y de Peregrinos

1. Firme en sus valores, profunda en su Fe y coherente en sus principios.

2. Educando a mis hijos según estos principios y siendo fiel a la Voluntad de Dios.

Angela Boggioni Saavedra / Rama de Señoras – Copaipó

1. Una patria más justa, donde no haya tanta diferencia de sueldos, ni diferencias sociales tan marcadas. Oportunidad de trabajo para todos, educación gratuita, sacar el impuesto a los libros, vida digna para la tercera edad, facilitar el sistema de adopción de menores.

2. Tengo una pequeña empresa y desde ahí trato de dar salarios justos y dignos. Ayudo a sostener Hogares de ancianos y de menores. Presto atención a las necesidades de mis hermanos, especialmente de los que no están en el sistema (niños, ancianos, cesantes, extranjeros).

P. Pablo Pizani / Instituto Padres de Schoenstatt

1. Una patria donde haya respeto, diálogo, libertad, creatividad, sueños comunes, vínculos fuertes entre jóvenes y adultos. Anhelo una patria donde Dios esté presente y la vida espiritual sea importante, donde todos estemos en constante búsqueda de Dios y de la formación espiritual e intelectual.

2. Esforzándome día a día para acercar a jóvenes a Dios, a que se sientan responsables de su patria y a dialogar con todo y con todos. Invitando a hacer un camino de paz y esperanza para alcanzar la Alegría plena como hijos de Dios.

de la libertad. Para educar en valores no podemos quedarnos solo en el plano de la declaración; los niños y jóvenes aprenden en primer lugar con el ejemplo, viendo a sus padres modelar y encarnar los valores en la vida diaria. Podemos tener una casa con normas muy adecuadas y destacar continuamente la importancia del respeto, la honestidad, la tolerancia, el diálogo o la solidaridad, pero si como padres no lo hacemos vida en cada acción, sea grande o pequeña, solo lograremos desorientar a nuestros hijos y le quitaremos valor a nuestro propio discurso. Actitudes como escucharse al hablar en la mesa, resolver conflictos con el diálogo, valorar el trabajo de las personas que nos ayudan, ser respetuosos al conducir o al hacer una fila, visitar a los abuelos, comunicarse con palabras adecuadas y tantas otras del día a día, demuestran a nuestros hijos el modo de encarnar los valores y virtudes que predicamos.

Al ser el escenario de la educación en valores y virtudes y su forma de encarnarlos, la experiencia familiar se transforma también en un espacio de socialización decisivo en la formación democrática y ciudadana y en una previvencia de la vida en sociedad. En palabras de la socióloga Elise Boulding (2016) al referirse a la educación para la paz, "las familias son el terreno de práctica para construir la historia." Es en el estilo de convivencia y en la dinámica interna de las familias donde se establecen las actitudes primordiales para las relaciones democráticas y la responsabilidad ciudadana. Al respecto, el Papa Francisco, se refiere específicamente al rol de la familia en formación de la vida cívica: "Una buena familia transmite valores civiles, educa a sentirse parte del cuerpo social, a comportarse como ciudadanos leales y honestos. Una nación no puede mantenerse de pie si las familias no cumplen esta tarea. La primera educación cívica se recibe en la familia". Esta formación en la vida cívica pasa también por el nivel de compromiso que tengan los padres en la misma. Su colaboración en actividades de su comunidad, acciones de ayuda social o participación ciudadana serán un modelo para el involucramiento futuro de los hijos.

La sociedad actual impone grandes desafíos a la familia y la vida familiar. Si bien gozamos de grandes avances que nos benefician, nos enfrentamos también a un ritmo vertiginoso en el día a día, a la hiperconectividad, a una gran cantidad de información y a otros factores que pueden distraernos de la vida familiar, el contacto vital significativo dentro de ella y su rol en la sociedad. Precisamente, una de las consecuencias de la pandemia ha sido tener la oportunidad de mirar más al interior de la familia y valorar sus relaciones. Es imperativo entonces, trabajar constantemente por proteger y fortalecer a la familia como núcleo y célula germinal de la sociedad humana y apoyarla en su derecho y su deber como primera educadora de los hijos y como fuente de aprendizaje de valores y virtudes para una convivencia democrática y pacífica. Esto lo expresaba con claridad también el P. Kentenich, "Queremos la renovación del mundo y por eso la Sma. Virgen nos impulsa claramente a renovar la familia" (1933). ▣

"Es indispensable articular un proyecto del que todos podamos sentirnos parte"

EQUIPO VINCULO

Por su reflexión y experiencia, ¿cómo definiría el proceso que vivimos como país?

– Se trata de un proceso de cierta turbulencia, en el que un ciclo agotado debe ser reemplazado por uno nuevo. Es también un tipo de incertidumbre, porque a partir de acá se abren muchas posibilidades, muy distintas entre sí. Ahora, la historia humana está plagada de estos momentos, y no es raro que cada generación deba enfrentar algo de este tipo. Todo el desafío está en resolverlo bien.

Se ha dicho que nuestro país experimenta una crisis institucional cada 40 años, ¿obedece a un necesario desarrollo institucional o bien a las falencias en la forma de enfrentarlas?

– Sí, en Chile es más o menos recurrente. Esta crisis, por ejemplo, me recuerda mucho a los años 20 y 30 en Chile: un sistema que ya no lograba dar respuestas a la sociedad que había emergido, y un nuevo orden que emergió (con muchas dificultades) a partir de eso. Por un lado es normal que ocurra, pero desde luego que hay modos patológicos que pueden desplegarse también. En lo que a mí respecta, la violencia de 2019–y la obsecuencia de muchos frente a ella– me sigue siendo incomprensible. Pero los ciclos se agotan cuando no logran reformarse bien desde dentro.

Ante el escenario actual, ¿hasta qué punto la presión social y política (incluso la violencia), legitiman o no el proceso?

– La representación política es un esfuerzo por conducir y darle cauce a aquello que Maquiavelo

Daniel Mansuy

Licenciado en Humanidades, mención Historia y Filosofía, Universidad Adolfo Ibáñez. Master y Doctor en Ciencia política, Universidad de Rennes (Francia). Director del Centro Signos de la Universidad de Los Andes. Investigador asociado IES. Columnista del diario El Mercurio.



llamaba los humores sociales. Pero es evidente que debe interactuar con otro tipo de manifestaciones o expresiones de la sociedad, de modo de no desconectarse de ella. Por eso todos podemos manifestarnos, o hacer ver cuando algo no nos parece. Ahora bien, cosa distinta es la violencia, que de algún modo rompe el pacto social, y pone todo en suspenso. En situaciones extremas resulta quizás inevitable; pero en este proceso hubo actores relevantes que coquetearon con ella en la medida en que los ayudaba a cumplir con sus objetivos. Esa actitud es muy peligrosa, y abre una puerta que deberíamos mantener cerrada.

Estamos recorriendo un camino necesario de profundos cambios, a su juicio ¿qué nos llevó a enfrentarlos abrupta y confrontacionalmente?

– Por distintos motivos, nuestra clase política se ha ido polarizando, y le cuesta mucho encontrar terrenos de diálogo, puntos de encuentro. Eso lleva rápidamente a la confrontación, y al bloqueo, que termina desprestigiando a todo el sistema. La esperanza es que este ciclo permite entrar en otra dinámica, pero es cierto que hasta hoy no se ven muchas disposiciones constituyentes, por llamarlas de algún modo: una Constitución requiere grados muy elevados de consenso, no guerrilla política. Es un misterio cómo se resolverá ese dilema.

Se ha afirmado que estamos frente a una crisis institucional y de las élites (políticas, económicas, sociales, culturales, eclesiales), ¿a qué se debe?

– Hubo en Chile un progresivo distanciamiento de las élites respecto de las profundas transformaciones sociales que estaban ocurriendo. Chile cambió de piel en pocas décadas, y muchos segmentos de la elite no tomaron de ello. Fuimos muy autocomplacientes con los éxitos (reales), pero no quisimos ver las dificultades inducidas por la modernización. Gonzalo Vial, por mencionar un ejemplo, lo denunciaba desde fines de los noventa.





Si en su raíz está la desconexión con la realidad, ¿cómo podemos crecer en un mayor y más adecuado servicio a esa realidad?

– Hay que mirar atentamente. Hay que leer, la ficción por ejemplo nos entrega claves. Hay que escuchar y conversar. Necesitamos, con urgencia, recrear instancias de encuentro social que ayuden a superar las dificultades de la modernización.

En el proceso actual se mezclan heridas no sanadas, procesos no recorridos oportunamente, desconfianzas y distancias endémicas, junto a desafíos y necesidades sociales reales e impostergables, ¿es posible tener un proyecto común? ¿Cuál sería la base común para trabajar juntos hacia adelante?

– Para esto necesitamos políticos de amplia y larga visión. Es indispensable articular un proyecto del que todos podamos sentirnos parte. No hay otro modo de salir de este atasco.

¿Qué desafíos, posibilidades y límites presentan las alternativas del apruebo y del rechazo?

– El apruebo parece hacerse cargo de la necesidad de un nuevo ciclo, pero tiene dos dificultades relevantes. Por un lado, hay una tentación muy grande de confundir una Constitución con un programa político que resolverá muchos problemas, y que podría aumentar la frustración, porque implica alimentar expectativas que no pueden cumplirse. Por otro lado, el mundo del Apruebo es muy heterogéneo, y no hay un trabajo para convertirlo en proyecto político. Eso será complicado. El Rechazo, por su lado, no ha logrado elaborar un discurso capaz de convocar hacia adelante. Por ahora parece una instancia más reactiva que otra cosa, y eso en política es siempre una limitante. Recoge, eso sí, un sentimiento de una porción de chilenos que no deberíamos desdeñar: de ganar el Apruebo, la nueva Constitución también tendrá que incluir a la gente que se opuso.

Ante la deslegitimación representativa, las alternativas de sacar el proceso constituyente de los poderes ejecutivo y legislativo, ¿representan un retroceso institucional u obedecen a la evolución de las democracias participativas? ¿son algo puntual por la coyuntura o instalan una nueva forma de conducir el país?

– Fue el modo en que la clase política se logró poner de acuerdo, y generar un proceso. Yo no comparto la crítica a los políticos, porque sólo ellos podrán sacarnos de aquí. Además, me parece una ilusión pensar que la Convención no estará dominada por políticos.

Más allá de la polarización de las miradas e intereses, teniendo presente un país más precario política, económica y socialmente, ¿qué aspectos del modelo que seguimos necesitamos complementar?

– Hay enormes clases medias que necesitan más atención, o protección. Tenemos un problema serio con las familias: tiempos de traslado, viviendas poco adaptadas, no estoy seguro de que estemos favoreciendo la vida familiar sana, lo que tiene una serie de consecuencias. En educación tenemos un problema serio, que las últimas reformas no enfrentaron; y ni hablar de la salud pública y pensiones.

La pandemia produjo una necesaria pausa, sin embargo, el espacio público volvió a convocar a un gran y diverso número de personas, ¿cómo unir esa expresión ciudadana con un compromiso por lo público?

– Hay algo ambiguo en lo que pasó en Chile. Por un lado, la gente salió a la calle, mostró interés por lo que estaba pasando. Pero al mismo tiempo era una demanda muy fragmentada, muy difícil de unificar, en algún sentido muy individualista: cada cual está por su causa. No había mucha unidad allí. El desafío es precisamente lograr unificarla discursivamente. Pero hasta ahora nadie lo ha logrado.

La Iglesia como institución ya no está en el espacio público, las causas las conocemos, ¿recuperará ese protagonismo o vivimos la necesaria readecuación de nuestro rol en la sociedad? ¿cuál, a su juicio, debería ser ese rol?

– Me parece que la Iglesia debe acostumbrarse a un papel distinto al que tuvo en décadas anteriores, y eso no es necesariamente una mala noticia. Eso obliga a argumentar de otro modo, a dar testimonio de otro modo, y a enfrentarse a la sociedad de otro modo. Todo eso puede ser muy sano. Las sociedades contemporáneas producen masas anónimas, y el Estado ha renunciado a proveer algún discurso que dote de sentido. Hay allí una oportunidad, y sería extraño que los católicos no tuviéramos nada que decir en un cuadro así. ▣

Los desafíos de la nueva Constitución: una mirada histórica

Esta reflexión se inspira en el interés por dar sentido y consistencia a las decisiones que la ciudadanía deberá adoptar en un futuro muy próximo respecto de su constitución, en un contexto política y económicamente complejo. Nadie podría negar que el horizonte de expectativas que la transición a la democracia abrió para los chilenos y chilenas se ha nublado en los últimos años. La confianza en un futuro promisorio, con respeto a los derechos humanos, desarrollo económico y superación de la pobreza ha caído abruptamente desatando una ola de temores e inseguridades que culminó con los estallidos de octubre del año pasado. La violencia, de súbito, se apoderó de lugares simbólicos de nuestras ciudades y de nuestra historia, evocando para muchas personas aquellos tiempos en que el país parecía quebrado y la convivencia difícilmente posible.

Al primer momento de estupefacción al ver las estaciones de Metro destruidas siguió el intento por dar sentido a aquella explosión. Obviamente subir unos pesos el boleto de Metro no podía ser suficiente razón. La desigualdad se convirtió, entonces, en el motivo que habría justificado tal desborde. Pero, evidentemente, como han demostrado los análisis de los especialistas, es difícil sostener ese argumento solamente desde el punto de vista de las cifras. Si en 1989, el 49% de los chilenos vivía bajo la línea de pobreza, hoy solo el 9%, siendo que además la pobreza extrema se encuentra bajo el 3%; el ingreso per cápita pasó de 4 mil dólares a 24 mil. Según el índice Gini, la desigualdad disminuyó desde 52.1 a 46.6 puntos, siendo Chile más igualitario que Brasil, México, Colombia y Costa Rica. No obstante, también se consigna que el 1% de la población chilena concentra el 26,5% de la riqueza, lo cual es un dato importante para explicar por qué la Encuesta Bicentenario de la Universidad Católica ha constatado un aumento del deseo de igualdad social. Varios autores han puesto atención sobre la influencia de las percepciones subjetivas en la construcción de un relato que orienta la acción de los individuos. Desde esa perspectiva, no serían los datos objetivos, en este caso, de disminución porcentual de la desigualdad, sino la impresión que tienen las personas de ser discriminadas, desprotegidas o desvalorizadas. También la Encuesta Bicentenario muestra una disminución en la confianza de los ciudadanos respecto de su futuro, mayor conflicto entre ricos y pobres, mayor sensación de conflicto interno, y aumento de los temores sobre la vejez, la enfermedad, la violencia.

Todo ello se condensó, finalmente, en una sola

Ana María Stuyen

Doctora en Historia por la U. de Stanford, profesora titular de la Pontificia Universidad Católica de Chile y la Universidad Diego Portales.



demanda que daría sentido a la protesta. El deseo de una nueva Constitución que gozara de una legitimidad de origen que no había tenido la Constitución de 1980 había estado en el debate público desde que se inició la transición a la democracia; numerosos cambios, especialmente en 2005, habían permitido que esta superara algunos de sus enclaves autoritarios. Sin embargo, para la sociedad en su conjunto, esta nunca logró ser un factor de unidad, lo que permitía que ante cualquier conflicto aflorara el problema de la legitimidad de la Constitución.

Durante la historia de Chile, nuevas Constituciones han sido siempre respuesta a la necesidad de adecuar los elementos estructurales del Estado. Desde nuestra independencia, en esos “años de aprendizaje político” de que hablaba el historiador Julio Heise, las Constituciones han sido el elemento en el cual se espera que descansa la estabilidad política y pueda fundarse una comunidad social. Entre 1811 y 1833, hubo 8 propuestas o intentos constitucionales, como respuesta a la creencia que desde la política se puede construir una convivencia social. Incluso Juan Egaña pensó en 1823 que una Constitución podía imponer valores morales; su hijo Mariano llegó a decir que más que una Constitución necesitábamos “buenos curas y escuelas de primeras letras”.

Portales diseñó un orden presidencial que asegurara la gobernabilidad del país, lo cual efectivamente logró durante 4 decenios. Ese ordenamiento permitió que una clase dirigente homogénea controlara el tránsito hacia una modernidad que racionalizaba la vida, creaba expectativas de inclusión y daba consistencia a una república inspirada en la soberanía popular. Por cierto, esa clase dirigente no necesitaba aún captar lo simbólico del pueblo, pero sí tuvo consciencia de lo político y del orden social, entendido como la defensa de su lugar hegemónico en el proceso de democratización que parecía inevitable, especialmente a inicios del siglo XX.

Los cuestionamientos de comienzos del siglo XX,



proviene de una deslegitimación de la promesa fundacional del sistema republicano. Se requería que los nuevos sectores, especialmente el proletariado, alcanzaran el nivel de inclusión y de participación que demandaban, para lo cual habían firmado un cheque en blanco a inicios de la república. La crisis del centenario de la república surgió del desajuste entre el pueblo como lo concreto, lo colectivo, su principio sociológico, y lo institucional que tiene una dimensión más abstracta que disuelve su contenido; se rompe el rol simbólico de lo político y, como hoy irrumpen sectores difíciles de determinar.

El tema de la promesa es fundamental: a comienzos del siglo XX, la historia se acelera, ya no hay tiempo para seguir esperando. Lo político y lo social parecen correr por carriles separados. La clase dirigente pierde espacio para negociar, y la sociedad, más heterogénea y compleja, incorpora a ciudadanos que no se conocen entre sí ni tienen elementos en común: ¡Quienes más distante que Benjamín Subercaseaux y Nicolás Palacios! Pero todos coinciden en que viven una crisis social y cultural, como hoy: la decadencia de la clase dirigente y de la clase política, una educación y una economía que no incluyen a todos, un déficit cultural. Chile es una preciosa rapiña para los fuertes llegó a decir Vicente Huidobro.

Hoy debemos reconocer que, como en 1910, la estructura social chilena ha cambiado y admitir la existencia de una crisis de comprensión entre los discursos y los anhelos de la población. Manuel Castells, un agudo observador de los movimientos sociales que se han desatado no solo en Chile desde los años 80 del siglo pasado sostiene que en todos ellos la pala-

bra que domina es dignidad.

La dignidad sería un reclamo que, si lo relacionamos con la demanda por igualdad, podría llevarnos a cuestionarnos sobre aspectos culturales que subyacen a las protestas ciudadanas. Temas de privilegios provenientes de situaciones de nacimiento o de clase, promesas de participación e inclusión incumplidas, incluyendo la calidad de la educación, de la salud, de la previsión, son todas razones esgrimidas justamente porque fue aquello que justificó el diseño económico y político de la transición. Escribió Alexis de Tocqueville que el yugo, cuando más liviano, se hace más intolerable.

Los datos sobre el desarrollo chileno en las últimas décadas no pueden explicar los sucesos de octubre de 2019. Si se quiere otorgarles sentido y comprenderlos, más allá de condenar la violencia, incluyendo su desembarco en un proceso de definiciones constitucionales, se hace necesario observar con atención los elementos simbólicos y culturales que han permitido que aflore un nuevo ciudadano, que exige inclusión y participación en los bienes que se le prometieron y justificaron el sistema.

Lo que hace agua es, ahora, el horizonte de futuro. Por eso hay tantos jóvenes involucrados; son los que tienen más futuro por delante. A sus padres no se les cumplió la promesa y ya no creen que se les cumplirá a ellos. Especialmente no se cumplió la promesa que justifica al neoliberalismo. Si el consumo y los bienes materiales son la principal pulsión en una sociedad donde el éxito individual, como en el calvinismo, es señal de salvación, eso se alejó paulatinamente del horizonte de las personas. Además, su principio legitimador, su recurso de eficiencia simbólica que era el acceso permanente a nuevas formas de consumo y la promesa de distribuir recursos en base al esfuerzo falló. Entonces, la desigualdad afloró a la superficie junto con el clasismo, el trato a veces indigno. Y quienes eran los encargados de abrir el camino hacia su cumplimiento fallaron: se coludieron, estafaron, despreciaron el mundo del pensamiento y la cultura.

El diseño de una nueva Constitución debiera tomar en consideración a este nuevo sujeto y sus demandas por mayores y mejores derechos sociales. Hay que pensar en cambios más profundos, una nueva cultura que enfrente lo que Gilles Lipovetski definió como la hipermodernidad: refortalecer las convicciones, devolver la credibilidad a las instituciones, reposicionar actores colectivos, ojalá y especialmente la Iglesia con su influencia para recuperar identidades nacionales, religiosas y culturales que fueron fundacionales y, que aún debilitadas, mantienen un capital simbólico y social. Se trata de fortalecer a quienes tienen capacidad de movilización. Si no, quienes protestan continuarán pensando que lo público no es de ellos. Construir una comunidad nacional donde todos se sientan parte debería ser el resultado del proceso constitucional. ■

La Mesa de Todos: diálogos por Chile

IGNACIO SUAZO ZEPEDA

¿En qué consiste? Nueve mesas donde se convoca a “expertos” para que generen un diagnóstico a la luz de la Doctrina Social de la Iglesia y levanten propuestas de cara al Chile que se nos viene: un Chile que intentará pararse en medio de dos de las peores crisis que la hayan golpeado en las últimas décadas. Se me invitó a participar de este proyecto, organizado en conjunto con la Pastoral UC y Voces Católicas, y embarcarme en la mesa de familia. Así, durante cinco sesiones, conversamos con miras a elaborar un documento que sintetizara lo ahí conversado, el cual esperamos cerrar durante los próximos días.

En estas sesiones tuve el honor de dialogar junto con Mónica Larraín, psicóloga de larga trayectoria; Virginia Latorre, Directora de la Fundación de acompañamiento al embarazo vulnerable EMMA; Consuelo Araos, académica del Instituto de Sociología UC; Klaus Droste, Decano de la Facultad de Psicología de la Universidad San Sebastián; el P. Francisco Pereira, Director de María Ayuda; y la profesora Carmen Domínguez, académica de la Facultad de Derecho UC y Directora del Centro de la Familia UC. Sin duda, todo un regalo de Dios y la Mater haber podido compartir con personas que han pensado tanto sobre la familia y trabajado con igual esfuerzo por ella. También experimenté una particular alegría el haber podido compartido con estos dos últimos integrantes de la mesa –el padre Pancho y la profesora Carmen– que son hermanos en la Alianza. Me alegra el corazón pensar que nuestra Mater permite y desea que schoenstattianos la sirvamos en espacios como estos.

La Mesa de Todos. Lindo proyecto, pero ¿es útil? ¿Será de un aporte para nuestro país? No podemos tener la certeza de esto último, cierto. En cambio, hay al menos dos cosas que nos pueden hacer guardar las esperanzas de que aquí hay algo importante.

La primera es lógicamente, su contenido. En efecto, es esperable que de las mesas salgan luces de cómo caminar hacia adelante y que sean una ayuda para discernir el querer de Dios para nosotros. No es poca cosa. En el caso de nuestra mesa, un tema central fue la ausencia de la figura paterna en la familia. Este, lógicamente, no es un problema nuevo. Sin embargo, temas como la inesperada ola de demandas por pensión de alimentos luego del retiro del 10% de las pensiones, sí dejaron al descubierto este problema. Y los primeros a encararlos somos



nosotros, la Iglesia. Más aún: somos nosotros, la Familia de Schoenstatt, los que tenemos la oportunidad inmensa de poder hacer algo al respecto. No en vano nuestro carisma nos permite entender lo que está en juego en un drama como este.

Lo segundo es algo más sutil, pero quizá aún más importante que lo anterior y refiere a la forma de las mesas. En efecto, lo que estas buscaron –con mayor o menor éxito, eso lo dirá el tiempo– fue encontrarse con la Verdad mediante el diálogo. En estos tiempos donde la polarización se huele en el aire, proyectos y espacios como estos nos permiten experimentar y hasta entrenarnos en ese delicado arte que es conversar. Y no por mero placer u ociosidad: se trata de conversar para dejarse iluminar, para encontrarse en algún grado, por pequeño que sea, con la Verdad. Y hay al menos dos actitudes que experimenté en estos encuentros como necesarios para este diálogo: la confianza y la oración. Confianza en la capacidad racional del hombre de encontrarse con la Verdad o –en palabras del Catecismo– de ser “capaz de Dios”. En concreto, en confiar que esa verdad también descansa en el otro y que seré capaz de captarla si la busco con tenacidad. Oración, porque se trata de aceptar que mis capacidades racionales son limitadas y que debo, con modestia y apertura, saber pedir la iluminación necesaria para seguir caminando, sabiendo que sin la Gracia del Espíritu Santo, es muy probable que yerre en el camino.

Creo, finalmente, que hay algo de providencial en iniciativas como estas. Lo digo en plural, pues no es la única. Sin ir más lejos, en nuestra misma Familia, durante esta pandemia, se ha dado marcha a “Mater, aquí estoy”. Se trata de un proyecto que organiza mesas donde a través de la escucha y la oración, se espera captar las voces de Dios en este tiempo. Al parecer, María quiere hacer de nosotros hombres y mujeres de verdadero diálogo para un tiempo que parece desesperar de la eficacia y necesidad de este. Y si esto es así, no podemos decirle que no. ■

Virtudes Sociales en la Nueva Comunidad

HNA. M. JIMENA ALLIENDE

Es más moderno hablar de ‘valores’ que de ‘virtudes’, sin embargo Agustín Squella –abogado, escritor, columnista, profesor, Premio nacional de Humanidades y ciencias sociales 2009– propone rescatar esa noción para recomponer la fraternidad entre los chilenos. Así lo expresó en la conversación con Cristián Warnken, En Persona, en Emol TV el 13 de septiembre.

Cuando habían pasado cuarenta minutos de la conversación, Warnken sacó a luz a Aristóteles en la *Ética a Nicómaco*. Squella se lo comenta:

“¡Que bueno que menciones ese libro que es un tratado de las virtudes! ¡Por Dios que nos hacen falta! Estamos acostumbrados a hablar de los valores y no de las virtudes, como si el talante moral de las personas o de las sociedades o de los países dependiera de los valores que se declaran y no de las virtudes que se practican. ... Si se dependiera de los valores que se declaran, pues bastaría que cada uno de nosotros asistiera ante un notario e hiciera una declaración jurada de sus valores. ¡No! Las virtudes son cimas por alcanzar, son difíciles, se adquieren por repetición de actos buenos. Nadie es justo por nacimiento, sino porque reiteradamente efectuó actos de justicia. ¡No hablemos tanto de valores sino que practiquemos más virtudes. Y la ventaja de ese libro de Aristóteles es que explica la virtud con una notable claridad. ... Hay virtudes modernas que Aristóteles no desarrolló, por ejemplo la tolerancia... incluso el humor... ¡cuánta falta hace!...”

Es interesante la acotación que propone Squella en la distinción entre valor y virtud, pero dejamos de lado el enlace interno entre ambos términos.

Dos palabras antes de decantar en las virtudes sociales.

¿Qué son las virtudes? Hay rasgos de nuestra personalidad que parecieran estar injertados en nuestros genes, otros han sido conquistados paso



a paso. El atleta adelanta con el ejercicio. Estamos siempre en proceso de ser hoy mejor que ayer. Si está ante nosotros la cima de la responsabilidad, todos los días tenemos que hacer actos de responsabilidad; si queremos ser justos, sinceros, ordenados, hay que practicarlo todos los días. Ese hábito que va perfilando nuestro talante moral, que nos hace ser mejores personas, es la virtud. Son conquistadas con el esfuerzo y la dedicación. Compromete a la inteligencia y la voluntad. La inteligencia –que está en la génesis de la libertad– abre el espíritu hacia el bien y la verdad; la voluntad es el empuje, el ‘ñeque’ para realizar lo que se ha reconocido como bueno. Ambas requieren una permanente educación. La fe, los ideales, las metas aportan el sentido de la dirección de los actos libres. La vida virtuosa, moralmente correcta, tiene densidad en el sentido de la vida y en definitiva se nutre del amor.

En nuestra jerga, la virtud se consigue con la autoeducación y los ideales permiten remontar y trascender más allá de toda acción buena o virtuosa. Sabemos: es el terreno de la santidad de la vida diaria, en el ahora, siempre en comunión, en alianza ¡y con la calidad del amor! Porque el acto bueno sin amor “es como una campana que resuena o un platillo que retiñe” (San Pablo Cor. 1).

En la ética tradicional se distingue entre las virtudes humanas que nos ayudan a crecer como seres humanos que comparten la vida con otros:

“Hay un déficit en la sociedad chilena. Estamos en déficit con la fraternidad. Es la gran ausente de las sociedades capitalistas contemporáneas. Octavio Paz dice que la fraternidad es el puente que se necesita tender entre los valores de la igualdad y la libertad, para que reconociéndose ambos –igualdad y libertad– reconociéndose distintos, cedan cada cual de sí en la proporción justa que permite la realización simultánea del otro...”

(Agustín Squella, dicho en Emol TV, 13.9.20)

la generosidad, honradez, sinceridad, responsabilidad, fortaleza, etc. Las virtudes cristianas son las que emanan del Evangelio y por eso acuñan el nuevo hombre en Jesucristo: la humildad, el perdón, la castidad, la abnegación hasta dar la vida, etc. ¡No se sabe de otro ámbito donde se valore el perdón ante el delito más deleznable!

Desde tiempos inmemoriales, la ascética católica ha propuesto un camino de santidad, la ruta de las así llamadas 'virtudes sociales', vale decir las que construyen comunidad, familia, sociedad. Es un tema tratado con detalle por grandes santos señeros y maestros de espiritualidad, como San Francisco de Sales o Teresita de Lisieux, quien habló del 'pequeño camino'.

El libro 'La Santidad de la vida diaria' aborda el tema y ayuda a mirar o dibujar el arco entre la pequeña vida y la vida de todos, entre la vida comunitaria básica –familia, sindicato, partido político, club, etc.– y la macro sociedad, sea Iglesia, nación, espacio cultural, etc... El Padre hablaba, en los días cercanos al 31 de mayo 1949, que nosotros, en la arena de la pequeña comunidad, estábamos solucionando las grandes cuestiones de la sociedad y ahí cabe todo lo que decide los destinos de un país: autoridad, participación, justicia, solidaridad... etc, etc. Darle ese cariz a la vida compartida con otros, tiene un sabor especial: en lo pequeño estoy solucionado lo magno.

Las virtudes sociales apuntan a la actitud del sujeto ante el otro y los otros. Se sitúan en la gestación del estilo o modo del encuentro en un grupo social, perfilan el estilo de sociedad y familia y en definitiva acuñan una cultura. El cultivo de tales virtudes consigue hacer más amable la convivencia y favorece el crecimiento de la persona en la interacción con iguales. La familia natural es un espacio privilegiado porque el vínculo parental es un punto de arranque potente.

Se podrían usar páginas en una enumeración, por ahora va un texto del libro "*La Santidad de la Vida diaria*" que cita un estudio sobre San Francisco de Sales donde describe tales virtudes, con la siguiente formulación:

"Las pequeñas virtudes son muchas.

Voy a enumerarlas brevemente:

• indulgencia con las faltas de los demás y prontitud para perdonarlas; cierto disimulo opuesto a aquella perspicacia que tienen algunos para ver defectos ocultos;

• cierta compasión que hace suyos los sufrimientos de los infortunados y afligidos y una alegría que comparte las alegrías de los que son felices para acrecentarlas;

• cierta flexibilidad de espíritu que sabe ver, sin repugnancia, lo que hay de razonable y cierto en las opiniones de un compañero o compañera,

1. ¿Cuál es la Patria que anhelo?

2. ¿Qué estoy haciendo para conquistarla?

Carmen Domínguez / Federación de Familias – Campanario

1. Una Patria unida y solidaria, gobernada por autoridades que respeten la antropología cristiana y antepongan el bien común.
2. Trabajo intensamente en el fortalecimiento de la familia, en el respeto a la dignidad de la persona en el plano legislativo y en el debate público.

Erika Gajardo Ruedlinger / Rama de Familias – Temuco

1. Una Patria más humana, una sociedad que logre trabajar y superar el individualismo, estamos centrados en lo material, olvidando que son los pequeños gestos, con nuestro prójimo, que nos acercan a Dios y a nuestra Mater. Una Patria donde el rol de la Familia sea el núcleo principal, que nos permita ir creciendo. Mayor respeto y conocimiento de nuestros pueblos originarios y el desafío que hoy tenemos como sociedad con los inmigrantes.
2. Trabajo día a día con mis pequeñeces, para ser yo una buena persona y así transmitir, con el ejemplo, esto en mi entorno familiar.

Paul Johnson / Federación de Familias – Los Pinos

1. Más solidaria y en paz. Con respeto y empatía. Respetando las diferencias y con mejor comunicación. Con igualdad de oportunidades.
2. Tratando con respeto a los demás. Trabajando la tolerancia. Partiendo por un proceso de conversión personal. Contribuyendo a un buen ambiente en donde me toca actuar.

Mayra Gómez / Liga Apostólica Femenina – Providencia

1. Anhelo una Patria donde podamos expresarnos libremente, pero, que a la vez entendamos que mi libertad termina donde comienza la del otro. Donde Dios y María nos enseñan a ser hermanos.
2. Tratando con amor a mi prójimo en actos pequeños del día a día. Sobre todo tratando bien a quienes me brindan algún servicio.

Loreto Zamorano Orostegui / Rama de Señoras – Rancagua

1. Mi anhelo es ayudar a que estemos unidos, sin distinciones y que no existan discriminaciones hacia las minorías. Que exista respeto entre todos y recuperemos el orgullo de sentirnos hermanados en torno a un destino común.
2. En mi círculo cercano cultivando actitudes de encuentro, de reconciliación y resaltando lo positivo de las situaciones. En otros círculos acercándome a personas, independiente de su credo y condición, abriéndome a escuchar y dialogar.

Orlando Valle / Rama de Hombres – Agua Santa

1. Un país ilusionante, en positivo, generador de empleo digno y de calidad de vida. Un país amable en el que la dignidad humana, la justicia social, la cooperación, la solidaridad, el respeto al medio ambiente y la participación, sean valores intrínsecos en las personas que vivimos y hacemos Comunidad.
2. Trabajando desde mi quehacer diario para cambiar lo que sea necesario como aporte para fomentar y hacer los cambios de paradigmas desde el lucro al precio justo y desde la competencia a la colaboración. Y promoviendo la Doctrina Social de la Iglesia.

Carol Silva / Rama de Familias – Aconcagua

1. Una Patria en Paz y justa.
2. Todos Los días me esfuerzo por ser una mejor persona y enseñar a mis hijos a respetar al prójimo.

1. ¿Cuál es la Patria que anhelo?

2. ¿Qué estoy haciendo para conquistarla?

Hna. María Paz Laubreux / Instituto Hermanas de María

1. Un país donde nos miremos a la cara sin prejuicios ni agresividad, donde nos demos la mano para construir juntos una sociedad fraterna, creyente, respetuosa y alegre porque hay esperanza basada en un amor solidario, desinteresado y al servicio de los demás.

2. Transmitir el carisma del Padre Fundador, porque lo que el soñó o se esforzó toda su vida es que fuéramos una familia, lo que está tan hermosamente expresada en el Cántico al terruño: "Conoces aquella tierra cálida y familiar...".

Paulina Respaldiza / Rama de Señoras – Maipo

1. Respeto de derechos y deberes. Libertad para educar a los niños, sin ideología de género ni adoctrinamiento social. Justicia para todos. Libertad de culto, respeto a la familia. Más solidario, menos subsidiario. Igualdad de oportunidades, protección para los más vulnerables, derechos del no nacido. Menos demagogia y protección del bien común. Mayor conciencia social.

2. Cumplimiento con mis deberes y exijo mis derechos. Genero espacios de libertad para que el otro decida en libertad y bien informado. Soy pro activa socialmente y participo en iniciativas en beneficio de los más vulnerables y con menos oportunidades. Trato de generar conciencia de la importancia de la familia como base de la sociedad y proteger los derechos de los más vulnerables.

Juan Carlos Lobos / Rama de Familias – Bellavista

1. Una patria donde refleje los valores cristianos, donde no se recurra a la violencia ni al odio, cómo arma para hacer cambios.

2. Primero que nada dando testimonio de mi ser católico, y siendo empático y solidario con aquellos que han tenido menores oportunidades.

Luz María Barceló / Movimiento Popular y de Peregrinos

1. Un país justo, solidario, en que se permita a todos el ejercicio de todos sus derechos, pero también se resalte el cumplimiento de los deberes. Que se permita el emprendimiento individual, pero también se cuente con redes de apoyo otorgadas por el Estado, para aquellos que necesitan aporte para satisfacer las necesidades básicas, entendiendo por tales: educación, salud, y vivienda, al menos de calidad y digna para todos.

2. Trabajo en el Poder Judicial e intento impartir justicia de la mejor manera posible, para otorgar la mayor justicia dentro de los pocos medios con que contamos.

Susana Bello Muñoz / Rama de Señoras – Los Ángeles

1. Una Patria libre y justa, con una educación y salud gratis, de calidad, digna, para todos los ciudadanos de nuestro país.

2. Trabajo en el sistema de salud público y le doy trato digno a las personas dentro de los recursos entregados, además me preparo y formo, cada vez que puedo, para poder servir cada día mejor e informada, además no escondo mi religión y siempre estoy invitando a otros a practicar su Fe.

Erwin Giesen Amtmann / Rama de Familias – San Fernando

1. Una patria de hermanos, que tengan a Dios y María al centro. Donde todos vivan en armonía y con sus necesidades básicas aseguradas. Donde todos tengan posibilidades de trabajo digno y gratificante, y la comunidad se preocupe de los más débiles.

2. Hago mi trabajo lo mejor posible. Trato a todos con dignidad y cordialmente. Educo a mis hijos con estos valores.

aunque no lo haya comprendido al momento y que sabe pagar, sin envidia, el tributo de reconocer que las ideas de otros son más acertadas;

• cierta solicitud por prevenir las necesidades de los demás para evitarles la molestia de sentirlos y el sonrojo de pedir ayuda;

• la bondad del corazón que en todo momento hace lo más posible para ser útil y agradable a los demás y aunque sólo pueda hacer poco, su deseo sería hacer mucho más;

• una finura atenta que sabe escuchar a los pesados sin dar muestras de displicencia e instruye a los ignorantes sin que ellos lo adviertan sensiblemente;

• cierta cortesía que al cumplir con los deberes del docoro, no lo hace con la falsa amabilidad, sino con sincera y cristiana cordialidad" ...

Los tiempos pasan, los momentos históricos o los estadios sociales van marcando virtudes urgentes o necesarias para construir una comunidad nueva, una sociedad nueva que forjan hombres nuevos. Sería muy interesante precisar que virtudes sociales debieran dar la tónica al tipo de familia que gestan las redes sociales, cuáles son las que fundan una sociedad democrática, cuáles las que están detrás del afán ecológico, cuáles favorecen la migración armónica, la pluriculturalidad, etc... Y siempre hay que volver la mirada al ámbito pequeño, a la familia de cinco o siete o quince personas donde el respeto, la concordia, el perdón, son pan de cada día. Un arco, siempre un arco de coherencia e interacción. Crear y sostener ese arco es una maestría y oferta de Schoenstatt.

Todo esto es de suma relevancia a la hora de diseñar una nueva comunidad estampada en la vida nacional, más aún en su Carta Fundamental, la Constitución. Es tema para padres de familias, dirigentes estudiantiles, juristas, economistas, sindicatos y toda instancia intermedia. Nuestra óptica es siempre la misma, la alianza, la 'cultura de alianza'. **v**



1. ¿Cuál es la Patria que anhelo? 2. ¿Qué estoy haciendo para conquistarla?

Roberto Ramos Baldi / Rama de Familias – Calama

1. Una Patria más solidaria, justa, respetuosa de la tercera edad, de la inclusión y que de cabida a la diversidad, a las comunidades indígenas, con un concepto de cultura sustentable y no subsidiaria, con participación ciudadana, con cabida a las artes y el deporte y con un verdadero desarrollo tecnológico, que vaya en protección de los más desposeídos.

2. Trabajo día a día, influyendo en mis trabajadores y colegas en la búsqueda de estos objetivos. A nivel comunitario, sintiéndome parte de una Familia solidaria con oportunidades todavía no captadas y concretadas de más participación y liderazgo.

Hna. M. Isidora Gueneau / Instituto Hermanas de María

1. Anhelo una patria donde todos sintamos que somos parte de ella y que la construimos juntos, desde donde cada uno está. Lo importante es qué moviliza la entrega, en la patria que anhelo. El motor es el amor, ese que se entrega para que el otro se despliegue y cumpla su misión.

2. El P. Kentenich decía hacer lo ordinario extraordinario. Lo que hace la diferencia es el amor: cómo saludo, cómo acojo, cómo pregunto, cómo me sacrifico, cómo hago mi trabajo hasta el final, cómo rezo... ese es mi esfuerzo (con aciertos y desaciertos) que aporto al Capital de gracia, para que la Mater pueda actuar a través nuestro.

Enrique Cárcamo Suazo / Rama de Familias – Los Ángeles

1. Pensar que en esta patria todos somos necesarios. Ser capaces de buscar el bien común. Vemos con desilusión, a veces, tanta pelea por imponer mi punto de vista, sin fijarme quizás que el otro tiene mucho de razón y puede también aportar; buscar a Dios en el otro.

2. Estar más atento a escuchar y a acercarme al otro, aunque piense distinto. Mirar, detenerme y escuchar. Empezar por mi relación, en mi entorno familiar y en los grupos en que me desenvuelvo.

Carmen García Huidobro / Rama de Familias – San Fernando

1. Una Patria más justa, fraterna, solidaria, respetuosa, tolerante abierta a escucharnos entre todos, sabiendo que en el otro también hay una parte de verdad aunque no sea igual a la mía.

2. Trabajando en realidades distintas a la mía, llevando el mensaje de Amor y misericordia que Dios nos tiene y que me ama tal como soy. Escuchando respetuosamente a quien eso no le dice nada, rezando en el Santuario para que nuestra Mater haga su obra en mí, para poder ser testigo creíble.

Miguel Pinto / Rama de Hombres – Rancagua

1. Una patria que se vuelque a Dios.

2. Manteniendo vínculos con otros y manteniéndome firme en el camino.

Christian Sanhueza / Rama de Familias – Chillán

1. Una patria libre, acogedora, equitativa y justa con todos. En donde todos seamos valorados y respetados. Respetuosa de sus tradiciones y de todos sus recursos naturales.

2. Participando a nivel vecinal, ciudadano, político y pastoral.

Rodrigo Fernández Cañas / Rama de Familias – Colina

1. Comunidad de costumbres; tradiciones; anhelos.

2. Tratando de hacer lo ordinario en forma extraordinaria y ser pesebre vivo para Chile.



Fratelli tutti Un hombre nuevo para una nueva comunidad, de hermanos todos

PABLO VIDAL

Un futuro donde nos sintamos todos hermanos es –en el fondo– la invitación que el Papa Francisco nos plantea con la nueva encíclica **Fratelli tutti**, que junto a *Laudato Si* y la exhortación apostólica *Evangelii gaudium* nos muestran un marco para actualizar nuestra actitud de católicos, orientando holística y magistralmente la que debiera ser nuestra relación con Dios, el medioambiente (la creación) y, ahora, con todos nuestros hermanos.

En sus primeras páginas nos adentra en los grandes dolores que nos aquejan como sociedad. Una mayor apertura económica que no ha globalizado más la hermandad, aislándonos a tal punto que nos sentimos “*más solos que nunca*”; una humanidad que tiende a negar la historia, buscando continuamente comenzar desde cero; una sociedad donde nos queda la sensación que los Derechos Humanos no son derechos para todos; y una Casa Común donde pareciera ser que tanto la naturaleza y seres humanos muchas veces nos

sentimos descartables.

Pero junto con un duro y desgarrado diagnóstico, propone un modelo esperanzador para actuar basado en la parábola del Buen Samaritano, un humilde personaje que nos confronta a hacernos una pregunta trascendental como sociedad ¿Quién se hizo prójimo? Y especialmente nos insta a tomar una decisión frente a él. ¿Ser la sociedad que se hace cargo o seguir siendo la sociedad que “pasa de largo”? para luego confrontarnos ¿Con cuál opción te identificas?

Fratelli tutti es mirar el mundo con ojos de samaritano, no temiendo a las diferencias o prejuicios: *“amplíemos nuestro círculo, para que demos a nuestra capacidad de amar una dimensión universal capaz de traspasar todos los prejuicios, todas las barreras históricas o culturales, todos los intereses mezquinos”*. Significa no trabajar solos, sino colaborativamente y sin escatimar en gastos para sanar al herido: *“El samaritano buscó a un hospedero que pudiera cuidar de aquel hombre, como nosotros estamos invitados a convocar y encontrarnos en un nosotros”*. Pero especialmente significa ver a la sociedad sin sentirnos superiores, sino prójimos para estar siempre dispuestos al servicio sin letra chica: *“que carguen sobre sí el dolor de los fracasos, en vez de acentuar odios y resentimientos”* convencidos que un pequeño acto transformara el mundo.

Y es en este punto donde se hace casi imposible no hacernos la pregunta ¿No es acaso ese Samaritano un ejemplo del hombre nuevo?

Sin embargo, la encíclica no se queda ahí. Nos interpela a revisar nuestras conductas, a renovar la manera de hacer política y economía de modos más fraternos, a fortalecer la amistad interreligiosa y a innovar urgentemente en la manera de relacionarnos entre las naciones, con un espacial acento en nuestros hermanos migrantes. Pero especialmente nos invita a construir una sociedad donde reine la paz y el diálogo, en espacial la paz social que resulta tan compleja de alcanzar en tantos lugares del planeta y especialmente en el Chile de hoy. Entendiendo que paz no es ausencia de guerra, sino es propender a la cultura del encuentro de miradas, invitándonos a siempre perdonar, incluso a pesar de no poder olvidar los hechos que han alterado esa paz: *“Los que perdonan de verdad no olvidan, pero renuncian a ser poseídos por esa misma fuerza destructiva que los perjudicó”*.

¿No es acaso ese mundo fraterno, de paz, nuestra tan anhelada nueva comunidad?

Sin duda vivimos un momento importante en la historia para cimentar el futuro y Fratelli tutti nos regala las herramientas concretas, reflexiones, pero especialmente mucha esperanza para que, junto a María, nuestra madre, alcancemos esa nueva comunidad fraterna, en donde todos somos hijos y por consiguiente hermanos todos. ▀

1. ¿Cuál es la Patria que anhelo? 2. ¿Qué estoy haciendo para conquistarla?

Carolina Chaigneau Morel / Rama de Familias – Agua Santa

1. Una con libertad, respeto, justicia, solidaridad, con oportunidades de crecimiento y desarrollo.
2. Le transmitimos a nuestros hijos esos principios y valores y seguimos dando el ejemplo de una familia que tiene a Dios en sus vidas, con respeto, solidaridad y amor al prójimo.

Gloria Bañados / Rama de Familias – Colina

1. Una patria sin divisiones sociales, donde nos miremos por lo que somos, no por lo que tenemos.
2. Intento ser consecuente con mis próximos, transmitiendo a mis hijos estos valores, estando atenta a las necesidades de los demás.

Rodrigo Rivera Escanilla / Rama de Familias – La Serena

1. Una patria de unidad, con mayores accesos y bien común. Que se respete al prójimo, la vida, sus principios y necesidades. Se trabaje por un proyecto de bien común y de casa común.
2. Aportando en el servicio público desde la educación superior, formándome en competencias de ayuda a los demás, liderando en los ambientes de interacción, contribuyendo al cuidado medioambiental. Conquistando en mi familia el arraigo a Dios y la Virgen desde el amor mutuo como taller de formación.

Ignacio Rodríguez L. / Federación de Familias – Melipilla

1. Una sociedad chilena cristiana, mariana, fraterna, libre de machismos y feminismos, donde surjan auténticas vocaciones de servicio público; el solidarismo kentenijiano desplace al individualismo; todos tengamos oportunidades de trabajo; la alegría y respeto mutuo produzcan paz entre los chilenos y contemplando la naturaleza, todos sepamos respetarla.
2. Soy anciano jubilado, sin actividad laboral. Me ocupo de mi familia (hijos, nietos, hermanos, cuñados). Rezo diariamente por un cambio cultural, político y religioso en Chile; por un mejor testimonio de los católicos, que devuelva a los chilenos la confianza en nuestra Iglesia.

José Ayuso / Rama de Familias – Agua Santa

1. Un país que se funde en el amor de Dios. Que Dios esté en el centro de nuestro actuar. Que nos permita ver a los demás como hermanos. De esta forma construir un entorno familiar. Donde florezca la misericordia y empatía. Donde el sufrimiento de un compatriota sea el mío.
2. Abriendo mi corazón a Dios. Permitiendo que sea un instrumento de él en medio del mundo. Construyendo espacios de confianza y verdad, que permita el desarrollo de una nueva vida y nuevo orden, fundado en el amor de Dios y el amor entre nosotros. Dejarse educar por la Mater en mi vida.

Paulina Johnson V. / Rama de Señoras – Providencia

1. Una Patria: Fraterna, que respeta la vida y dignidad de todos. Justa, donde todos tengan cubiertas sus necesidades. Solidaria, que ofrece trabajo digno y ayuda social. Consecuente, donde los católicos vivamos el Evangelio y el amor a María. Con cultura del encuentro y diálogo, valorando, acogiendo a todos.
2. Intentando vivir: Según principios y valores, en Alianza de Amor con María, confiando en las gracias del Santuario. Atenta al querer de Dios en los signos de los tiempos, respondiendo desde la Fe práctica en la Divina Providencia. Como hija del P. Kentenich, colaborando en difundir su carisma, su pensamiento social. Ofreciendo por amor, oración y Capital de gracias.

Criterios del Pensamiento Social de José Kentenich

Más allá del Capitalismo - Socialismo

Jornada de Montahue 1971

El libro que el lector tiene en sus manos tiene una voluntad explícitamente pedagógica y divulgativa, quiere constituirse en un esfuerzo editorial dirigido a repensar el mensaje pronunciado en tono profético por el P. José Kentenich en el año 1949. No es un libro escrito para teólogos, ni para filósofos. Está pensado para todas las personas que deseen conocer un poco más del pensamiento del P. Kentenich y ahondar en los grandes retos del futuro que como sociedad tenemos. Pretende ser una excusa para detenernos y prestar atención a un tema de enorme actualidad, particularmente por los momentos que Chile y el mundo están viviendo. Se refiere a las charlas que fueron dadas en la "Jornada de Montahue" en mayo de 1971, en Concepción (VIII Región, Chile), y que el P. Hernán Alessandri acertadamente compiló para darles una unidad, sintetizó para simplificar su contenido y ordenó para aplicarlo de mejor forma a la realidad chilena.

Lo que estas charlas exponen se refiere a la misión que el P. Kentenich proclamara desde el Santuario de Bellavista para toda la Familia: la Misión del 31 de Mayo, el cómo vencer el mal del colectivismo a fin de llevar a la Iglesia hacia los nuevos tiempos. Nos parece que lo que aquí se expone será de gran ayuda para una mejor comprensión del tema y constituirá una buena pauta para un estudio personal y comunitario. También llevará a tomar mayor consciencia de nuestra misión y a esforzarnos más eficazmente en la encarnación de la tarea del P. José Kentenich. Dado que son charlas y no un estudio sistemático, habrá fallas en la redacción y algunos aspectos que podrían haberse profundizado más.

Esta mirada retrospectiva tiene una doble finalidad: subrayar, por un lado, su idea base por una cruzada por el pensar, vivir y amar orgánicos o la perfecta restauración del organismo natural y sobrenatural de las vinculaciones y, por otro, identificar los retos que esa idea nos llama a asumir, lo que nos exige examinar la Misión del 31 de mayo como una respuesta válida para estos tiempos para así avanzar sinuosamente hacia la otra orilla. Creemos que es horade enmendar rumbo y darle la importancia

Nicolás Kipreos Allmallotis

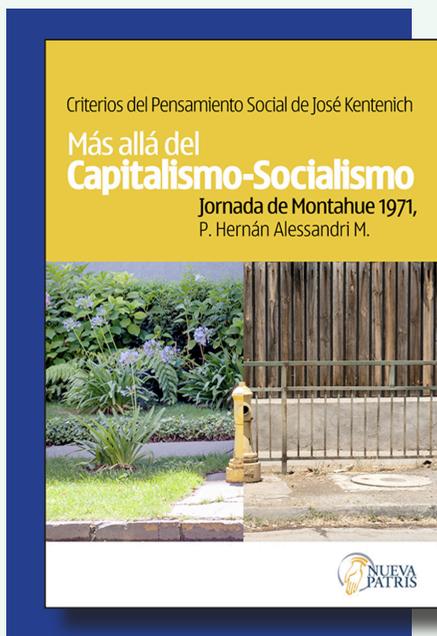
Forma parte del Movimiento de Schoenstatt desde 1982, y hoy pertenece a la Militancia Zona Cordillera. Es uno de los fundadores de los Madrugadores de Monte Schoenstatt y es miembro del Consejo Económico de la Parroquia de Santa María de Las Condes. Casado con Patricia Yaber y es papá de 4 hijos. Es Ingeniero Comercial, MBA y con cursos de perfeccionamiento en el extranjero.

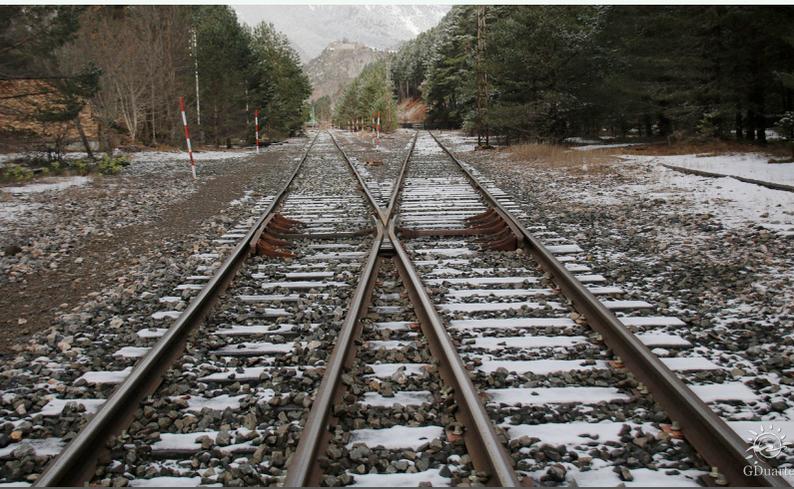
Ha escrito tres libros (entre ellos "Crisis en la Iglesia – del dolor a la esperanza" y se encuentra próximo a lanzar otro más.



que se merece a este documento.

El Padre Fundador, al afirmar que lo más grave de las amenazas de hoy para el hombre y para el mundo es el colectivismo, nos está señalando que el mundo, considerado como un todo, padece de una crisis de gran calado. Están emergiendo propuestas alternativas, nuevos paradigmas de comprensión de la vida humana y de la organización social, política y económica. Más allá de este debate intelectual, la impresión que tiene el ciudadano común se puede expresar en dos palabras: todo cruje. Los sistemas social, económico y político que parecían sólidos e inquebrantables hasta hace no mucho, la crisis ha puesto de manifiesto que son frágiles, vulnerables, extraordinariamente líquidos. Vivimos una época caracterizada por la incertidumbre, por el miedo y por la inseguridad como destino colectivo. Debemos preguntarnos: ¿Qué puede aportar el mensaje del P. José Kentenich en esta coyuntura? ¿Tiene credibilidad? ¿Puede aportar una luz de esperanza, alguna salida? La denominada Misión del 31 de Mayo, como carisma y aporte del Padre Fundador a la Iglesia Católica y a la sociedad en general, permite poder confrontarnos con lucidez ante las problemáticas que hoy nos inquietan: ideología de género y diferencia sexual, cuidado del medio ambiente y ecología





integral, sobre exposición tecnológica y cultivo de la interioridad, clericalismo y secularización, desigualdad y pobreza, por nombrar las más relevantes. Lo señalado no significa desistir de las categorías que utilizó el P. Kentenich para describir las patologías de su época, ni mucho menos invalidar su cruzada del pensar, amar y vivir orgánico. Sigue vigente lo que le preocupó, cómo los embrujos del mecanicismo amenazaban disolver la vitalidad de la cultura, incluido el mismo cristianismo, convirtiéndolo en una serie de ideas abstractas, ritos mecánicos y estructuras vacías. Hoy se destruyen nuestros valores e instituciones con la “cultura de la muerte” (Juan Pablo II), la “dictadura del relativismo” (Benedicto XVI) y la “cultura del des-carte” (Francisco).

El cristianismo es una religión revelada, pero también una sabiduría encarnada cuyo fin es transformar la realidad social, dignificar la vida humana, liberar a los seres humanos de las estructuras del pecado, de ahí que no puede caer en el juego del blanco o el negro. En el mundo se plantean hoy los problemas y sus soluciones solo en base a disyuntivas contrapuestas: capitalismo o socialismo, persona o sociedad, individuo o colectivo, y si nosotros nos dejamos llevar por ellas nos metemos en un callejón sin salida, porque quedamos obligados a decidirnos por una o por otra. Por lo mismo, el P. José Kentenich señalaba que tenemos que tomar conciencia del ambiente en que estamos viviendo, que está dominado por una mentalidad colectivista (mentalidad mecanicista) que impide ver la unidad entre la creatura y Dios, entre fe y vida, entre naturaleza y gracia; que no separa realidades, sino que toma lo mejor de cada una de ellas. Para él era importante encarnarse, que no es otra cosa que hacerse presente en la historia para transformarla.

El P. Kentenich por la Misión del 31 de Mayo nos ha legado reflexiones muy actuales al cambio de época que estamos viviendo. Cuando uno lee detenidamente este libro, se percata de que no se limita al terreno del diagnóstico, difícil por sí mismo, sino que, además, plantea propuestas, nuevos horizontes para enriquecer nuestros vínculos sociales desde donde todo

parte y se gesta porque estamos en un momento de la historia para expresar lo que verdaderamente creemos, las convicciones que llevamos en nuestro interior, un momento oportuno para evaluar la calidad y la hondura de las mismas y nuestra capacidad real de donación y de sacrificio por los demás. A eso nos llama el P. Kentenich, a ser vida nuestras creencias y valores. No puede sernos ajeno el sufrimiento del otro. Esto nos debe mover a pensar la importancia y el valor de las causas segundas, como camino para llegar a otros por Dios y entregarnos resueltamente. En ello nos jugamos la humanidad, nuestra condición de seres humanos. Si un ciudadano “tira la toalla” porque cree que no hay nada más que hacer, no solo ha fracasado él, hemos fracasado todos. De nada nos vale encerrarnos dentro de una cápsula insonora y vivir ajenos a lo que ocurre en nuestro país, ignorando el destino de vecinos y conciudadanos, cultivando el propio jardín, como sugería Voltaire, blindándonos dentro de una burbuja, aparentemente ajena al fluir de los días y de los problemas. Sería una salida falsa. Las burbujas son inestables y efímeras. Vivimos interconectados, somos interdependientes. Lo que ocurre a unos afecta a otros. Aunque uno se esfuerce por preservar el microclima dentro de la burbuja, esta no es ajena a la presión exterior ni a las partículas tóxicas que fluyen en la atmósfera social. Estamos en el mundo y no vivimos solos. El alma como nos lo daba a entender el P. Kentenich no es ajena a los latidos de la historia, al grito de la tierra, para decirlo con la bella expresión de Leonardo Boff.

El Padre Fundador afirmó que en nuestro tiempo se ha impuesto una mentalidad que tiende a analizar y separar lo que en la realidad está interrelacionado. No logra ver las partes en el todo. Por eso separa y analiza de modo inorgánico, sin lograr conjugar la relación entre individuo y comunidad, sin visualizar la unión viva y fecunda de Dios y el hombre, que lleva a que las personas no sean tratadas como un fin en sí mismo. El “hombre orgánico” –a diferencia del “mecanicista”– capta la relación entre lo natural y lo sobrenatural de una forma armónica. Por eso puede ver y amar a Dios en y a través de otros porque son huellas y expresión de Dios mismo. El P. Kentenich adelantó en forma excepcional esta realidad, pero su mayor genialidad consistió en bajarla a la práctica, a la vida diaria y vivirla personalmente. Todos sus esfuerzos estuvieron dirigidos a que la verdad se refleje plenamente en la vida, la plasme y la eleve íntegramente.

Pero, ¿qué nos trae realmente el Padre Fundador? ESPERANZA. En un mundo caracterizado por el desencanto y por el escepticismo, donde el futuro se contempla como algo oscuro y problemático, arrimarse a la esperanza es un poderoso antídoto a la derrota, al desencanto y al pesimismo que inundan en el imaginario colectivo. Tener esperanza es la confianza en el ser humano y en su futuro, pero no con una fe ciega e irracional, que desconoce la dificultad, sino todo lo contrario, una fe que asume los obstáculos, los contempla a rostro descubierto, que no se deja amedrentar por ellos y cree que es posible salir adelante. La posición del P. Kentenich se diferencia de la de muchos porque tuvo la valentía, basada en la esperanza de saberse querido por Dios, para tomar en serio el misterio pascual como ley de la historia. Hay algunos que se quedan en constatar lo negativo, en el pesimismo, y que no visualizan lo que conlleva la fe, donación y entrega, jugársela por Dios presente en cada

acontecimiento y circunstancia de la vida del hombre, y por eso la fe siempre tiene algo de ruptura arriesgada y de salto, porque en todo tiempo implica la osadía de ver lo que otros no ven o no se atreven a ver o exponer. La fe es, pues, una forma de situarse firmemente ante toda la realidad y asumirla con los ojos de Dios, porque si creemos de verdad en Dios, tenemos que creer que Él no permite la cruz sino por la resurrección.

El P. José Kentenich nos invita a reflexionar sobre la necesidad de articular un nuevo modelo social y económico, más allá de la disyuntiva capitalismo–socialismo, a la luz del principio de la gratuidad, de la entrega al prójimo, pues a su juicio, solo desde ahí es posible el desarrollo integral del hombre y su plenitud. No es sostenible una sociedad que se oriente a buscar, únicamente, el máximo beneficio y al mínimo costo. La crisis que sufrimos no es ajena a la crisis de valores ni independiente del olvido de ciertos principios básicos. La avaricia, la arrogancia, la falta de una racionalidad distributiva, la falta de honradez y de transparencia son, entre otras, causas estructurales de la crisis que estamos sufriendo. Debemos repensar una economía a escala humana, el necesario hiato entre la lógica del mercado y los principios éticos y los derechos humanos. La crisis nos obliga a revisar nuestro camino, a darnos nuevas reglas y a encontrar nuevas formas de compromiso, a apoyarnos en las experiencias positivas y a rechazar las negativas. Siguiendo el pensamiento del Padre Fundador, la crisis se convierte en ocasión de discernir y proyectar de un modo nuevo. Conviene afrontar las dificultades del presente en esta encrucijada de manera confiada más que resignada, como decía Benedicto XVI.

El anhelo de un mundo justo, más equitativo y pacífico, el deseo de belleza, de bondad, de verdad, de unidad, y la necesidad de escapar de una vida vacía y absurda, forman parte de las aspiraciones más sentidas de casi todos los seres humanos. Ello exige de quienes tenemos más capacidades, más dones, buscar soluciones. La diversidad (natural, social, humana) no es un lastre a superar ni a nivelar violentamente. No es debilidad, sino fortaleza. Es una riqueza para potenciar y articular. No tratemos de negar las discrepancias y las visiones diferentes que tengamos. No busquemos consensos fáciles ni tramposos. La diversidad es un aprendizaje, un proceso educativo y enriquecedor para quienes transiten por ella. Pensemos qué nos une e identifica, qué podemos aprender de unos y de otros, qué retos comunes enfrentamos y qué compromisos podemos articular para que todos mejoremos. Por eso, para empezar un cambio auténtico, es necesario indeleblemente dar ciertos pasos que nos hagan manejar correctamente nuestra propia historia. Empezar por conocer, seguir por entender, continuar por aceptar, y finalmente tener el coraje y la valentía de asumir los propios errores.

Estamos llamados a dialogar, a escuchar a los hermanos de comunidad y a prestar atención a todos los seres humanos, indistintamente de lo que piensen. No hay diálogo simplemente porque “se habla”. El diálogo se da allí donde la palabra va acompañada de escucha y donde, en la escucha, tiene lugar el encuentro, y en este, la comprensión. Significa ver al otro en la totalidad de su identidad y de su personalidad individual y social, con todas sus conexiones y realidades. Consiste en el esfuerzo de conocer al otro tal y como él se comprende y se valora, y no a través del filtro de prejuicios y deformaciones. No significa

sacrificar nuestras creencias, valores e ideas. El conocimiento del otro consiste en enriquecerse con el patrimonio que él trae, que de ninguna manera significa una renuncia al propio patrimonio. El diálogo impone un deber nada fácil, exige que nos conozcamos bien a nosotros mismos, tengamos ideas claras y precisas. Dialogar es abrirse a la alteridad del tú que nos sale al encuentro, es desear aprender de la experiencia del otro. Por ello, el diálogo verdadero siempre deja huella. De ahí la riqueza de este aporte que permitirá ensanchar el conocimiento, validar o confrontar ideas y/o reforzar conceptos.

Es decisivo el papel de los laicos, de los católicos a pie, de los fieles. Si la Iglesia tiene algo que decir en esta crisis es porque tiene a los laicos, que son miembros de la Iglesia en pleno derecho, pero también ciudadanos del mundo. Esta presencia en la vida pública plantea muchos retos. Debe ser una presencia inspiradora que se haga, especialmente, visible en los lugares en donde más se necesite el consuelo y la esperanza. Dicho al modo del evangelio: el laico está llamado a ser sal y luz en el mundo. El mero testimonio de los laicos en la sociedad civil es ya una expresión visible de que es posible, viable, legítimo y razonable vivir la fe en el mundo. Toda actividad, toda situación, todo esfuerzo concreto, como por ejemplo la competencia profesional y la solidaridad en el trabajo, el amor y la donación a la familia y a la educación de los hijos, el servicio social, político y empresarial, son ocasiones providenciales para hacer la diferencia. Debemos desarrollar una espiritualidad orgánica en el seno de la familia, de la profesión, de la ciudad, en el mundo acelerado en el que vivimos y en sus espacios masificados. La voluntad de construir puentes y de edificar ámbitos de intersección es básica e ineludible.

¿Cuál es el fin último del libro? El Padre Fundador nos llama a regalar nuevamente un hogar, un intenso hogar, al hombre moderno carente de hogar, que lo necesita y que no es otra cosa que un país donde todos puedan caber, donde todos tengan algo que decir. ■



¿Café recalentado o un súper clásico?

Un pequeño ensayo a 50 años de Montahue

P. CARLOS COX D.

Teniendo el regalo de haber sido testigo de ese maravilloso acontecimiento que fue la Jornada de Montahue 1971; releendo con detención las charlas del P. Hernán Alessandri, volví a vibrar hondamente; tal vez con más emoción que en aquellos días. No es nostalgia sino el revivir los horizontes, los desafíos y la entrega que se despertó en esos días (pocos días después me decidí a entrar a la comunidad de los Padres). Montahue, como las grandes sinfonías son siempre actuales porque allí despierta lo mejor, lo más bello y lo heroico de cada persona.

El Padre decía que las grandes cosas se pueden escribir en la uña de un dedo.

Muchas veces esta frase me pareció un poco exagerada: ¿cómo resumir las miles de palabras de sus publicaciones en la uña de un dedo? Sin embargo, creo que tiene razón. Todo Schoenstatt, creo que se puede “concentrar” en el “Nada sin ti, nada sin nosotros” (la fórmula de la Alianza).

Por eso, si queremos “condensar”, “concentrar” la Jornada de Montahue en una ideal central debemos decir FAMILIA.

El diagnóstico apunta al desarraigo, a la destrucción y degeneración de todos los grandes lazos que nos permiten nacer, crecer y madurar en una red afectiva de encuentros y relaciones. Dicho de otra forma, no nos sentimos familia, desarrollándonos sanamente junto a las demás personas; tampoco estamos muchas veces a gusto en nuestro ambiente laboral (por eso muchos viven esperando el fin de semana sin trabajo) y además se ha distanciado la cercanía con Dios.

Ya no estamos “en casa”. Cada vez más, dejamos de estar arraigados y nos transformamos “en nuevos nómades”; todo está en un vertiginoso movimiento, todo es transitorio, perecedero..., “cultura líquida”.

El mundo se nos va “desfamiliarizando”; cada uno busca vivir y defender su “metro cuadrado”.

Por eso el mejor termómetro para detectar en que grado de dificultad estamos, “el criterio de oro” como lo nombra el P. Hernán, es la situación familiar. La disminución de los matrimonios; el aumento de separación y divorcios; el aumento del nacimientos de niños fuera del matrimonio (o relación estable); la aparición de nuevos modelos de familia, son signos de la aguda crisis y descomposición de la realidad familiar en estos tiempos.

Sin muchas estadísticas, solo con mirar bien lo que existe a nuestro alrededor, uno detecta lo profundo y amplio de la crisis de la familia.

La larga descripción y análisis de la crisis social, percibida especialmente en el mundo de la familia, culmina en las páginas finales con tres propuestas de respuestas al colectivismo. Todas ellas apuntan a revitalizar la realidad familiar:

1. Crear ambientes familiares “en todos los ámbitos”, marcados por la cantidad, calidad y calidez de las relaciones personales.
2. Educar a un estilo de autoridad con carácter paternal que genera, acompaña y sirve a la vida.
3. Fortalecer la relación con la Virgen que despierta una vinculación profunda con Dios e impulsa a un nuevo de estilo de vida y de trabajo.

Después de 50 años, ¿qué resultantes creadoras podemos descubrir más allá de la abundante bibliografía y del eco en documentos magisteriales como Puebla (1979) y Aparecida (2007)?

Yo veo algunas “resultantes creadoras en desarrollo”; por ejemplo en el amplio desarrollo de la Obra de Familias y el carácter familiar de muchas comunidades en Schoenstatt. Ello se ha transmitido como opción pastoral en gran parte de las fundaciones nacidas y animadas a la sombra del santuario de Bellavista.

También ha sido un aporte al desarrollo de nuestra Iglesia. Hay, sin duda, maduraciones pendientes pero se crece en esa dirección.

La opción por la formación de la autoridad con carácter paternal, se ha concentrado en el trabajo en las comunidades de dirigentes (“elite”); creo que estamos “al debe” en generar más dirigentes en el ámbito eclesial y social.

El carácter mariano de Schoenstatt es claro y reconocido; hay líneas de desarrollos logrados, como la red de santuarios que son especialmente centro del Movimiento organizado. Otras líneas que hay que potenciar como la apertura de los santuarios, el Movimiento Popular de Peregrinos y Maipú como centro nacional de animación mariana para todo Chile.

Agradeciendo el horizonte que Dios nos regaló a través del P. Kentenich y agradeciendo como el P. Hernán nos transmitió en Montahue '71, imploremos que la Mater invoque la cercanía y la fuerza del Espíritu Santo para los nuevos tiempos que se abren para nuestro país. ▀

El Desafío Social del siglo XXI

Escribo esta Introducción (de la reedición de este libro) desde mis conocimientos como economista académico que estudia temas de desarrollo económico. También lo hago desde un interés personal por la Doctrina Social de la Iglesia y por el modo como se aplica este tema en nuestro Movimiento de Schoenstatt. Este enfoque enmarca y probablemente limita mi análisis a los temas que domino más¹.

En este contexto partamos indicando cómo eran las condiciones de vida de las personas que vivían en Alemania en los tiempos en que escribía el Padre Kentenich. Para ello tomaré tres medidas simples: el ingreso por persona (en dólares comparables entre países y en el tiempo de 2011), la esperanza de vida al nacer y el porcentaje de niñas y niños que asisten a la escuela primaria. Estas tres dimensiones permiten grosso modo entender aspectos importantes de la calidad de vida de las personas. El PIB per-cápita en dólares de 2011 era de US\$ 4.624 (o sea cerca de la mitad de esa misma variable en la misma época para Estados Unidos, dos tercios del valor para Gran Bretaña y el 80% del de Francia), la esperanza de la vida al nacer era de cerca de 55 años (algo menor que los valores de Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña) y el porcentaje de niñas y niños que asistía a la escuela era de algo menos que 75% (algo menor que los valores para Francia y Gran Bretaña, pero mucho menor que el 93% de Estados Unidos). En ese momento las personas trabajaban en promedio algo más de 50 horas a la semana y muchas veces en condiciones muy malas.

Es importante poner en contexto lo que el Padre Kentenich escribió, y por qué lo hizo. Los valores de PIB y esperanza de vida de Alemania en 1930 son comparables a los de Costa de Marfil hoy y la asistencia a la escuela primaria a los de Chad. O sea, para estándares contemporáneos la vida en Alemania era comparable a la de un país africano promedio del siglo XXI. Esto se compara con la realidad de hoy en Alemania. Un ingreso per-cápita de US\$ 46.841 por persona (un 37% mayor que el de Francia, casi igual que el Gran Bretaña y cerca de 10% menor que el Estados Unidos). Su esperanza de vida es de algo más de 81 años (casi igual que la de Gran Bretaña, algo menor que la de Francia y mayor que la de Estados Unidos). Hoy la persona promedio que vive en Alemania trabaja menos de 40 horas a la semana.

También vale la pena conside-

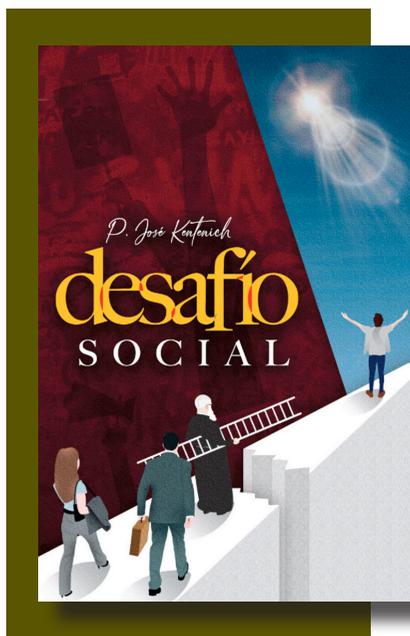
Francisco Gallego

Doctor en Economía, (MIT) profesor asociado en el departamento de economía de la Universidad Católica de Chile. Su principal investigación versa sobre el desarrollo económico, especialmente en temas relacionados con la educación, la historia económica y laboral, entre otras temática. Su principal investigación se relaciona con el proceso de desarrollo económico utilizando las herramientas de la moderna economía empírica del desarrollo. También conoce a fondo la Doctrina Social de la Iglesia.



rar que el mundo ha crecido entre 1930 y hoy, con un ingreso por persona que es más de 5 veces que el de 1930. Esto ha llevado a bajar las tasas de pobreza en el mundo. En 1930 cerca del 70% de las personas vivían en condiciones de pobreza extrema (con menos de US\$ 1 por persona al día), mientras que hoy ese número es menor que 20%. Ciertamente, este progreso esconde tanto continentes casi completos que no han podido ofrecer condiciones mínimas de vida para las personas, como países o sectores de la sociedad que aún viven en condiciones muy básicas. Por otro lado, como muestra recientemente protestas en diferentes lugares del mundo, la desigualdad de ingresos no parece estar disminuyendo y más bien parece estar volviendo a los niveles de comienzos del siglo XX, aunque cabe enfatizar que es muy diferente tener la misma desigualdad con una pobreza del 70% que con los niveles

actuales. Así mismo, las mejoras económicas han ido asociadas a aumentos de la contaminación y las emisiones de diversos contaminantes que han puesto en riesgo el futuro de nuestro planeta. Por ejemplo, el mundo hoy emite más 36 millones de toneladas de CO₂, mientras que en 1930 emitía algo menos de 4 toneladas. En Laudato Si, el papa Francisco ha resaltado este punto y ha argumentado que esto corresponde no a una mera crisis ambiental, si no que, a una crisis más amplia, antropológica y social, que tiene que ver con una mirada más amplia de la persona humana y cómo se relaciona con su entorno y con otras personas².



¿Qué podemos aprender en este contexto y considerando la historia siguiente de lo que escribié el Padre Kentenich en 1930? Me centraré en cuatro aspectos que probablemente reflejan temas donde fue muy señero y sus ideas sirvieron tanto para “predecir” cosas que han ido pasado en el mundo, como también aspectos que pueden ayudar en las soluciones a problemas claves que enfrenta el mundo hoy.

1. El rol de la familia, una educación integral y los vínculos personales

El Padre Kentenich enfatiza este punto en muchos lugares del libro. Repetitivamente enfatiza el rol del contexto familiar en la educación de las niñas y niños. Menciona el rol de la educación. Le preocupa las condiciones de vida de esos hogares y cómo ello alimenta sus creencias y valores. Le preocupa a su vez cómo las comunidades, incluidas la misma Iglesia y el Movimiento de Schoenstatt, pueden replicar las condiciones de una familia acogedora.

Esta intuición está muy presente en las investigaciones de las ciencias sociales. Por ejemplo, el Premio Nobel de Economía James Heckman, ha dicho *“The common feature of successful interventions across all stages of the life cycle through adulthood is that they promote attachment and provide a secure base for exploration and learning for the child. Successful interventions emulate the mentoring environments offered by successful families”*. O sea, esta línea de investigación basada en evidencia científica rigurosa, argumenta que en diferentes ambientes es clave tener relaciones que impliquen vínculos personales fuertes en que permitan potenciar a las niñas y niños y a jóvenes para que crezcan y se desarrollen. Es clave en esta línea la cercanía y el conocimiento de estudiantes que enfatiza tanto el Padre Kentenich en este libro³. Pero también Heckman enfatiza que eso se extiende a otras dimensiones diferentes de la vida social. Por ejemplo, al modo cómo una persona adulta puede aprender y ser capacitada. De hecho, el Padre Kentenich habría estado muy preocupado por la tendencia que se observa en las sociedades modernas a tener personas que viven en hogares uni-personales⁴.

Más aún, cuando hablamos de desarrollo, la literatura moderna enfatiza el rol de las habilidades integrales que incluyen aspectos tales como la empatía, las habilidades intra-personales y sociales y no sólo el rol de los conocimientos básicos. ¿Qué más cercano al modelo que menciona cada vez que puede la idea de una educación integral y de la auto-educación! Este punto aparece en una buena parte de los capítulos del libro.

En suma, la idea de la cercanía, el rol de la familia, la educación y los vínculos personales parecen ser claves en diferentes dimensiones. Potenciar estilos de vida y relaciones familiares parece ser un elemento crucial en la solución de diferentes temas sociales relevantes que enfrentaba el mundo de 1930 y se siguen enfrentando hoy.

2. Sistemas económicos y desarrollo

Si dos personas eligiesen aleatoriamente diferentes capítulos del libro y lo leyesen podría darse el caso que una de ellas diga: “el Padre Kentenich tenía posturas bien de izquierda”, al mismo tiempo que la otra persona perfectamente podría decir “el Padre Kentenich tiene posturas bien contrarias a la izquierda”. En otras palabras, la visión del Padre Kentenich, tal como la Doctrina Social de la Iglesia, está basada en principios y observaciones de la realidad que identifican aspectos importantes que se aplican a la situación del mundo que vivía y también al futuro y que, por ello, superan divisiones simples e ideológicas de la vida social. En esta línea cabe mencionar la claridad con que el Padre Kentenich identifica tanto los riesgos del socialismo que se discutía en Alemania de 1930, como la realidad de pensar en un capitalismo de *laissez faire*. Respecto de esto último, el Padre Kentenich también identifica claramente que el apoyo popular al socialismo surge de los problemas que se observaban en el sistema que se veía en Alemania en esa época. Vuelvo a enfatizar aquí mi punto del comienzo de este artículo: las condiciones de vida materiales de una persona promedio de Alemania de esa época eran probablemente muy cercanas a las de un país africano de hoy.

Frente a esto el Padre Kentenich plantea una crítica al socialismo por su mecanicismo, las consecuencias que tendrá la ausencia de propiedad privada y además la idea de que exista algún sistema que pueda construir un estado utópico terrenal de perfección. En esto último es interesante como el Padre Kentenich reconoce que los humanos tenemos pecado original y, frente a ello, los esquemas sociales deben reconocer que, como diríamos los economistas, las personas tienden a responder a incentivos. Así el Padre Kentenich no estaría sorprendido de observar cómo parte del fracaso del comunismo en el mundo se debe a justamente a que (i) estos sistemas no proveían incentivos para que esos países se desarrollaran y (ii) a que la burocracia de estos regímenes no se comportó como “ángeles” que sólo buscaban el bienestar del pueblo.

¿Significa esto que entonces la historia se acabó y el capitalismo triunfó? A estas alturas es bastante claro que no es así. Justamente, como habría anticipado el Padre Kentenich, parece ser que no obstante el progreso observado, hay ciertos aspectos que no dejan a las personas contentas. Algunos de ellos tienen que ver con cuestiones materiales (como la desigualdad) y otros con aspectos más subjetivos relativos a la realización humana (como la realización en el trabajo). En esta línea el Padre Kentenich, como la Doctrina Social de la Iglesia, es escéptico de pensar de nuevo en un sistema perfecto.

Cuánta similitud tiene esta intuición con los resultados de la investigación moderna que identifica que el desarrollo se produce en mayor medida en sociedades donde existen instituciones sociales, o sea lo que el premio Nobel de Economía Douglas North

llama “las restricciones ideadas por las personas que afectan las interacciones políticas, económicas y sociales”. Los famosos autores Daron Acemoglu y James Robinson, basados en investigación científica rigurosa, argumentan que existen instituciones inclusivas que promueven el desarrollo y que incluyen “...restricciones al ejecutivo, un sistema judicial potente, la existencia de derechos de propiedad e instituciones que dan acceso igualitario a la educación y que garantizan los derechos civiles...”. Lo contrario de las instituciones inclusivas son las llamadas instituciones extractivas. Lo importante de esta literatura es que documenta empíricamente que las políticas específicas se derivan de estas instituciones de un modo fundamental. Justamente diversos aspectos negativos de lo que el Padre Kentenich llama industrialización son contenidos por este tipo de arreglos institucionales, donde no sólo se protege a la propiedad privada, sino que además se promueven las oportunidades y el desarrollo de las personas y además trata de construir organizaciones sociales que equilibren el poder efectivo de empresas y trabajadores.

En este sentido cuán iluminador es el desarrollo de Alemania Occidental después de los horrores que creó en la Segunda Guerra Mundial. El modelo de economía social de mercado, cuya implementación fue liderada por Konrad Adenauer y Ludwig Erhard, justamente

implementó en la práctica un sistema que reconocía tanto el poder de la propiedad privada y el funcionamiento del mercado, como la necesidad de una intervención estatal intensa pero eficiente en áreas donde se requerían correcciones. El desarrollo de Alemania que mencionábamos al comienzo es probablemente una consecuencia de este arreglo institucional⁵. Lo que contrasta más aún con la experiencia de Alemania Oriental. Más aún, una de las grandes paradojas que existen en la actualidad es por qué después de tres décadas de la unificación todavía las regiones de la ex RDA mantienen niveles de desarrollo mucho menores a la del resto del país. El Padre Kentenich no habría estado sorprendido porque, como de hecho documentan diferentes investigaciones, los valores y comportamientos de las personas de la ex-RDA cambiaron de modo fuerte luego de décadas de una dictadura comunista (cosa que además se transfiere entre generaciones a través de la educación familiar y convivencia con otras personas). Esto no ha cambiado con la reunificación y es parte del desafío que enfrenta Alemania.

3. Las condiciones materiales y el desarrollo personal

Un tema que llama mucho la atención de los planteamientos del Padre Kentenich en diferentes capítulos se relaciona con lo que el Padre Kentenich dice es el



LOS CHOCLOS
MÁS DULCES

semillas
TUNICHE

www.tunichechile.cl



objetivo final de las acciones de la educación, que se relaciona con la redención, la felicidad y el desarrollo orgánico de las personas. En esto el Padre Kentenich está muy anticipado a desarrollos posteriores que ponen el foco en las condiciones de vida amplias de las personas (como la construcción del índice de desarrollo humano, las medidas de pobreza multidimensional, y medidas de bienestar subjetivo). Todas ellas consideran una mirada amplia al desarrollo de las personas.

Sin embargo, llama fuertemente la atención como el Padre Kentenich (junto con la Doctrina Social de la Iglesia desarrollada en esa época y sobre todo posteriormente) también enfatiza el rol de las condiciones materiales. Como lo dice en diferentes lugares, sin comida o condiciones básicas es imposible pedir a las personas un desarrollo integral (sería pedirles un heroísmo, en sus palabras). Tampoco basta con lo material para la felicidad y el desarrollo humano, como menciono más arriba.

NOTAS

1. Por ejemplo, no voy a discutir en detalle cómo el pensamiento pastoral del Padre Kentenich se asemeja fuertemente al enfoque planteado por el Papa Francisco en su acción pastoral y sus prioridades y estilo. Por ejemplo, el principio de que “la realidad está antes que la idea” enunciado por el Papa Francisco en *Evangelii Gaudium* resuena fuertemente con el estilo planteado por el P. Kentenich en este documento.
2. De hecho, como enfatizan algunas investigaciones, si se mejorasen los ingresos de los países más pobres del mismo modo que el mundo ha producido bienes y servicios hasta ahora, las emisiones y la contaminación acelerarían dramáticamente el calentamiento global. Es por ello que la crisis ambiental es también social.
3. Esta idea a su vez se refleja en investigaciones que enfatizan el rol del “aprendizaje al nivel de cada estudiante” (o *teaching at the right level* en inglés).
4. Tomo esta idea de múltiples conversaciones que he tenido con el P. Jaime Vivancos, quien ha considerado este tema en sus investigaciones de post-grado.
5. Esto no implica que el sistema alemán sea perfecto ni que no existan problemas. Por ejemplo, si bien Alemania es un país con baja desigualdad de ingresos, la movilidad social que existe no es tan alta como en otros lugares.
6. De nuevo, llama además la atención como esta aproximación del P. Kentenich coincide fuertemente con el estilo pastoral del Papa Francisco, que llama a acercarse a las periferias de la vida desde esos mismos lugares, escuchando y descubriendo desde las personas.

4. La participación de las personas en su propio desarrollo

Un tema que es un descubrimiento para mí de la relectura de este libro tiene que ver con el énfasis que pone el Padre Kentenich en escuchar a las personas para poder implementar soluciones a los problemas. El Padre Kentenich lo enfatiza en diferentes momentos, habla de visitar, vivir como y con las personas más desfavorecidas⁶. Habla en muchos momentos de que tiene que haber discusiones en círculos regionales, que tienen que llevar sus dudas y responderlas desde sus lugares. Ese énfasis es muy consistente con diversos desarrollos modernos. Por ejemplo, autores como Raghuram Rajan y los mismos Acemoglu y Robinson, enfatizan la necesidad de que las estrategias de desarrollo se apliquen desde el nivel local, dada la posibilidad de identificar de mejor modo los problemas y a su vez encontrar de mejor modo las soluciones. Así mismo, autores como los recientes premios Nobel de Economía Abijit Banerjee y Esther Duflo han planteado la importancia justamente de la participación de las personas en el desarrollo y la implementación de las políticas públicas, especialmente aquellas enfocadas en la superación de la pobreza.

Ciertamente en esta línea hay desafíos importantes, que tienen que ver con, por ejemplo, el desarrollo de vínculos y el llamado capital social a nivel local. Muchas investigaciones modernas también documentan una descentralización mal llevada puede terminar en consecuencias aún peores que las de la centralización. Varias investigaciones, a su vez, documentan como el desarrollo de vínculos y capital social a nivel local justamente ayudan a potenciar las iniciativas locales de las personas.

De hecho, esta misma noción de participación y empoderamiento de las personas al momento de tomar decisiones y resolver problemas se plantea en los modelos modernos de administración de empresas y personas. Este es un tema que de hecho preocupaba al padre Kentenich, en términos de cómo las personas pueden desarrollarse cuando sus trabajos eran monótonos, repetitivos y sin toma de decisiones. Es interesante cómo eso ha cambiado, y lo seguirá haciendo, con las tecnologías modernas y con el desarrollo del sector servicios de la economía.

En suma, termino con una invitación a leer este libro, ya casi 90 años después de que el Padre Kentenich dictara sus charlas. Más aún en estos tiempos de incertidumbres, nuevas para una buena parte de la humanidad, en el medio de la pandemia del coronavirus. ¡Cuántas preguntas sobre cómo vivimos y nos organizamos surgen de esto! Sospecho que, como el Padre Kentenich esperaría, personas con diferencias formaciones y que vienen de diferentes contextos tomarían elementos diferentes del libro y las aplicarían de modo diferente. Estas pequeñas líneas justamente tratan de ser un ejemplo en esta línea. ▽

Desafío Social

P. José Kentenich

El Padre Kentenich sabía que terreno pisaba en los años treinta, años de convulsión social derivada de la industrialización. Tocó con sus dedos el pulso del tiempo, supo lo que estaba en juego, lo desenmascaró y abrió preguntas y puso el piso para las respuestas. Hay respuestas pendientes pulsando el ritmo de este siglo XXI. Los alcances a la ubicación de la Iglesia jerárquica, parecieran formulados hoy. En el libro Desafío social hay rieles para el tren del pensamiento y huellas para la acción. Y entre los elementos que se pueden destacar, es su afán por captar lo que viene de la juventud, la urgencia de la familia y su opción por los desposeídos y postergados. Sabe de ellos y asume con ellos la contienda. Sin duda brota del corazón y carisma mariano del que es portador: "Ensalzó a los humildes..."

Estos son algunos de los textos escogidos manteniendo su perspectiva pedagógica que se extiende hacia una estrategia pastoral y política.

Un tiempo para nuevos liderazgos. Estilo de la personalidad del dirigente en las distintas épocas

(...)

Piensen ustedes en la época en que se aceptaba interiormente el orden vinculado a Dios. ¿Quién puede ser dirigente en ella? Todo el que de algún modo haya recibido de Dios una misión ordinaria. ¿Quién puede ser dirigente, mejor dicho, qué fisonomía presentan los dirigentes en la época de la vida vinculada a la rutina? Ahí nos encontramos con el dirigente convertido en funcionario. Todos hemos experimentado esta época, la época de los funcionarios. Pero la época de la disolución, la época de la anarquía, exige dirigentes proféticos.

Vivimos en este momento en el período de transición. Por eso luchan y combaten también entre sí los distintos estilos de dirigentes. Por una parte –así es en nuestros círculos y también en los círculos de ustedes–, el funcionario y, por otra, el profeta. (...)

¿Pero qué es lo que yo entiendo por estilo característico del profeta? Quien quiera ser profeta –y lo acepte interiormente– en una época de transición desde la disolución, la anarquía, hacia el tiempo del orden querido por Dios, debe tener una conciencia de misión extraordinariamente vigorosa.

En el corazón y en los oídos del profeta deben resonar nuevamente, como en otros tiempos, estas palabras: Yo te envío, aun cuando tienes una fe de niño y una fe de carbonero; aun cuando vengas con las dolencias de un niño: aun

cuando quieras responder a la misión que te encargo y que deseo para ti con un "¡Ay, tengo una lengua torpe!" (Ex 4, 10; Jer 1, 6). Tengo tantos impedimentos ¿cómo puedo ser profeta?

El profeta tiene una conciencia de misión extraordinariamente vigorosa. Es enviado como Dios lo envió en su tiempo: Te envío como muralla de bronce, para que te enfrentes a los príncipes, a los sacerdotes y al pueblo (Jer. 1, 18).

Una muralla de bronce: así debemos erguirnos los profetas contra las corrientes de la época. El profeta debe tener también conciencia de que en todas partes se le denigra. Hoy día todo es inseguro. No es tiempo de reposo. Ya no podemos marchar cómodamente por caminos tranquilos. Debo producir una revolución en mi propio yo. El tiempo actual necesita como estilo característico el estilo de los profetas.

Sí, ser profeta. ¿Qué significa esto? Ser profeta significa estar libre de todo, significa escuchar la palabra de Dios, como la escuchó en su tiempo Abraham: "Sal de tu tierra, deja a tu parentela y la casa de tu padre, y anda a la tierra que yo te indicaré" (Véase: Génesis 12, 1).

Ser profeta significa escuchar las palabras que pronunció el Salvador: "Quien no abandona a su padre y a su madre por Mí no es digno de Mí". (Véase Lucas 14, 26). Pero ser profeta significa también ser libre y llegar a ser libre para Dios. El quiere enviarnos al mundo. Debemos escucharlo. Debemos ser la sal de la tierra. Por lo tanto, ser libres respecto de todo y ser libres para Dios.

Elementos del estilo del dirigente profético: pobreza, humildad, pureza.

¿Saben ustedes todo lo que encierra en sí esta libertad? Es esa conocida palabra que antes hemos escuchado tan a menudo, la palabra 'radicalismo'. Diré una vez más, resumiendo los conceptos: radicalismo en la pobreza, radicalismo en la humildad, radicalismo en la pureza.

Estas son las joyas del profeta, de la profetisa, de la dirigente en la época actual. Y si queremos señalar rumbos a la época actual, si queremos cumplir nuestra tarea, según la entiende el Movimiento, cuanto más fuertes se tornen las corrientes revolucionarias tanto más vigorosamente debemos luchar nosotros.

Radicalismo de la pobreza. Lo oirán ustedes más adelante, si tenemos tiempo. Si queremos ayudar al trabajador industrial de hoy, como sacerdotes, como profesores, debemos

hacernos sencillos, debemos descender, debemos ser sencillos en el vestir, también en el manejo de la casa, sencillos en toda nuestra manera de actuar. No quiero hablar ahora largamente del radicalismo de la pobreza. Eso lo han hecho muy a menudo los que se han consagrado solemnemente. Aquí no deben comprender ustedes este concepto tanto a partir de los esfuerzos de santificación, al menos directamente, sino más bien desde el punto de vista social.

Esta época exige personas que sean sencillas en toda su manera de vivir. De otro modo no pueden ustedes esperar tender puentes hacia el pueblo sencillo. La gran crisis del tiempo actual no es, en último término, una crisis de fe, sino una crisis de la confianza. El pueblo ya no tiene confianza en sus dirigentes. Pero no quiero decir que no haya muchas crisis de fe: pero no es esto lo último ni lo más profundo. Lo que muchas veces mantiene al pueblo apartado de nosotros es la falta de confianza. De allí viene esa expresión tan importante: crisis de confianza.

Radicalismo de la humildad: Creo que debemos detenernos aquí un momento. Quien conozca al pueblo de hoy, quien conozca las penurias del pueblo de hoy, no tiene verdaderamente motivos para darse tono. Sobre todo, no debe presumir en modo alguno por ser jefe. Todos tendríamos que preguntarnos: ¿soy siquiera digno de hacer el papel de dirigente en un pueblo que sufre tanto espiritualmente y por motivos económicos, como nuestro pueblo de hoy? Quien hoy quiera ser dirigente debe destacarse por una humildad, disposición a servir y espíritu de servicio muy grandes.

La respuesta pedagógica a la cuestión social. Hombre y comunidad

(...)

Caracterización de las ideas educacionales contrapuestas

¿Cuál es el ideal de hombre bolchevique? Lo resumo brevemente: el hombre masa radicalizado, que niega todas las vinculaciones queridas por Dios. Está, por otra parte, nuestro ideal educacional: el hombre radicalizado, sobrenatural, que acepta interiormente todas las vinculaciones queridas por Dios y se integra en una comunidad.

Ustedes se fijan bien cómo el ideal fluye de la época de la anarquía. Por una parte, negación de todas las vinculaciones que dicen relación con Dios y son queridas por Dios. Esa es la época de la disolución. Por otra parte, nosotros tratamos de preparar la nueva época, el orden que se acepta interiormente o la aceptación interior de todas las vinculaciones queridas por Dios.

¿Pero cuál es en uno y otro caso, en último término, el ideal? El hombre masa radicalizado y el hombre radicalizado, sobrenatural, integrado en una comunidad. ¿Qué es lo que entendemos por hombre masa y qué por hombre integrado en una comunidad? Agreguen ustedes, por favor, una tercera expresión y entonces tendremos una escala completa: hombre masa, hombre social, hombre integrado en una

comunidad. ¿Cuándo hablamos de un hombre integrado en una comunidad? Estas explicaciones filosóficas tienen la mayor importancia, porque de otro modo ustedes no comprenderán lo que vamos a explicar mañana.

El hombre comunitario - El hombre social - El hombre masa

¿Qué entendemos por comunidad? Es crecer juntos y crear lazos entre las personas. En nosotros tenemos dos grandes instintos. Somos individuos y somos seres sociales. El hombre comunitario toma en cuenta ambas cosas: la individualidad de la personalidad y el instinto social. Ambas se equilibran con armonía de manera perfecta en el hombre comunitario. Vemos su imagen ideal en el seno de la Santísima Trinidad. Allí tenemos a las tres personas como personalidades pronunciadas y, sin embargo, la comunidad es muy íntima: es una sola Divinidad. La verdadera comunidad supone, pues, que las personas estén entrelazadas. Aquí se toman en cuenta ambas cosas: la personalidad y la comunidad.

¿Qué entendemos por el hombre social? Los hombres sociales están exteriormente unos junto a otros; pueden ser en sí mismos personalidades vigorosas, pero no han crecido juntos, no hay lazos entre ellos. La mayoría de los grupos que conocemos generalmente no son comunidades, sino asociaciones. También los grupos que hay en nuestros conventos son, desgraciadamente, demasiado a menudo asociaciones, no comunidades. Nuestros clubes son también asociaciones, no comunidades. Un grado más abajo que la sociedad, que el ser social, que el hombre social, está el hombre masa.

Mientras que el hombre integrado en una comunidad toma en cuenta igualmente ambas cosas, la personalidad y la comunidad y el hombre social puede, al menos, ser personalidad; el hombre masa no puede ser persona, ni un ser integrado en una comunidad. Allí todo está nivelado, todas las cosas están unas al lado de las otras. ¡Y ay de aquel que sobresale por el largo de su cabeza respecto de los otros! Inmediatamente se la cortan a sablazos.

Tal es el hombre colectivizado y así ustedes lo han visto, leído y oído. Y tanto la educación bolchevique como la socialista se encaminan hacia la creación de esos hombres masificados, que no tienen vínculos, que se dejan llevar de un lado a otro por sus jefes, como una masa ciega. No deben olvidar ustedes que esta es la actitud espiritual moderna y también la tendencia de nuestra juventud: volcarse más vigorosamente aun hacia este movimiento de masas.

Hace pocas semanas hubo en Marburg una reunión de todos los dirigentes juveniles. ¿Y saben ustedes cuál fue el resultado? La juventud actual es esencialmente distinta de la juventud de unos años atrás.... Hoy todo impulsa también a la juventud hacia la masa. Por eso hoy debe revisarse el concepto de dirigente. Hoy el dirigente ya no es tal, sino un funcionario. Por eso también en la juventud masculina de hoy existe, como ustedes tal vez lo habrán notado, un fuerte vuelco desde las conductas independientes hacia el scou-

tismo, donde se dan órdenes y hay obediencia y disciplina. ¿Ven ustedes el peligro que existe aquí? El bolchevismo y el socialismo sacan provecho de ese peligro para gestar al hombre masificado .

Nuestra actividad en el Movimiento debe tener un acento distinto. En una época en que todo se removía, tuvimos que demostrar cómo se podía ser sano, independiente y, sin embargo, estar unido a los demás. En una época en que se hacen esfuerzos, consciente e inconscientemente, en todos los ámbitos por gestar un hombre masificado, deberíamos insistir para que en la educación se proclame la necesidad de una sana independencia y de motivaciones internas. Así crecen las corrientes en nuestra generación. Verán ustedes aún otras corrientes. ...

Por eso debemos ver siempre con toda claridad y comprensión de la época las corrientes y el conjunto de las causas últimas y de las relaciones de las cosas, para que sepamos qué es lo que se acentúa. De no ser así, nos hallaremos un día con que nuestro saber es una cosa, pero son otros los objetivos esenciales de la educación. El hombre masa: ese es el ideal de la educación bolchevique, el hombre masa radicalizado. Hombre masa, y por tanto, ruptura radical de todas las vinculaciones, también de la vinculación con Dios. Por lo tanto, no sólo la negación de Dios, no sólo el ateísmo, sino directamente el odio a Dios. El hombre no debe estar vinculado a Dios, pues de otro modo el Demonio con sus cómplices no puede hacer lo que quiere. El hombre no debe estar vinculado tampoco a la familia, menos que nada a la mujer. Tampoco debe estar vinculado a su terruño, pues todas estas vinculaciones conforme a las leyes naturales hacen que el hombre se abra a Dios y lo divino. Por eso, todo debe ser arrasado. Hay que crear una nueva época, el Estado sin clases del futuro. Los hombres deben convertirse en hombres masificados, deben romper sus vinculaciones, romperlas radicalmente. Entonces podrán dejarse llevar a la muerte por algunos jefes. Vean ustedes, ese es el ideal de unos. ¿Y qué debemos contraponer nosotros a ese ideal? Los hombres integrados en una comunidad, radicalizados, y que aceptan interiormente todas las vinculaciones queridas por Dios.

Tres puntos del programa educacional schoenstattiano

Ya he dicho lo que nosotros entendemos por el hombre integrado en una comunidad. Para analizarlo en detalle debemos buscar conscientemente para nosotros y los demás:

Primero: La comunidad con Dios en Cristo a través de la Madre de Dios. Con esto hemos trazado el programa de la educación religiosa. Comunidad con Dios. Mientras más quieran lo contrario las corrientes de la época, tanto más hemos de conducir a nuestros niños hacia una vinculación con Dios en Cristo, como miembros del cuerpo místico de Cristo, a través de la Madre de Dios. Este es nuestro programa de educación religiosa.

Segundo: Lazos y vínculos con la familia. Hablaremos detalladamente de esto más adelante.

Tercero: También vínculos y lazos con el terruño.

Estos son los tres puntos del programa que una y otra vez debemos considerar para nuestra educación, la educación de los demás y también para la educación recíproca. Debemos tratar, pues, de ganarnos a los niños en la escuela con mucha paciencia.

Lo que acabo de decir respecto de todo el Movimiento, de las grandes ideas que van iluminando nuestro camino, debería ser válido también para nuestros conocimientos sobre educación, nuestra teoría y nuestra práctica educacionales. Quien hoy no quiera perder su optimismo, debe tener una paciencia sin límites, una fe sin límites en lo natural y sobrenaturalmente bueno que hay en el hombre, también en lo sobrenaturalmente bueno. Viene nuevamente una época –visto esto desde un punto de vista histórico y filosófico-cultural– una época de aceptación interior de los vínculos: vínculos con el terruño, vínculos con la familia, vínculos con Dios.

(...)

Debemos, pues, proponérselo y tratar de crear entre nosotros una verdadera comunidad. ¡Qué felicidad es que el Movimiento tenga muchas personas, muchos miembros que estén construyendo una comunidad! Los grupos deben ser familias, la sección debe ser una familia, el distrito, todo el Movimiento debe ser una familia. Mientras más imposible se torne la formación de familias en el otro campo, con mayor vigor nosotros debemos afirmarla y luchar por ella.

Finalmente, la vinculación al terruño. Nosotros en el Movimiento también tenemos un hogar en un lugar concreto: Schoenstatt.

Ustedes ven, pues, que así he trazado un programa en líneas generales. Sólo he querido preparar el terreno para las próximas explicaciones.

El Movimiento educacional cristiano y el socialista

(...). Yo agrego otra afirmación: es también la rama más joven del árbol socialista. Según lo veremos y oiremos más detalladamente a lo largo del curso, podemos distinguir en el socialismo una triple imagen, una corriente triple. Podemos ver en el socialismo un partido político; podemos considerarlo como sistema económico; y podemos considerarlo como un movimiento de formación, como un movimiento cultural. ...

¿Qué pretende esencialmente esta educación socialista, al contrario, o a diferencia de los esfuerzos anteriores del socialismo en el campo de la educación? Antes también el socialismo trataba de imponerse en las escuelas laicas, sobre todo a través de las Comunidades de Trabajo, a través de los profesores y profesoras socialdemócratas. Ellos se proponen y procuran hacer libres a los niños, liberarlos de la influencia de lo religioso, de lo sobrenatural, de lo divino. El socialismo siempre se ocupó de esto. La educación socialista da ahora un buen paso más. En lugar de los antiguos elementos educacionales quiere poner otros; quiere quitar de en

medio los antiguos elementos educacionales –la escuela. la familia– y crear y formar elementos nuevos. ...

Principios educacionales del socialismo

(...)

Si se lo preguntamos a los teóricos socialistas, nos dirán en las versiones más variadas, lo mismo, en último término. El niño debe ser apartado, muy lenta pero seguramente, de todo el conjunto de valores burgueses. Debe ser conducido, lenta pero seguramente, con todas sus capacidades, sus sentimientos, su razón y su voluntad al mundo específico de las ideas y los valores socialistas. También en este caso quedamos admirados nuevamente ante el proceder riguroso, disciplinado y sistemático. ¿De qué se trata, por lo tanto? El niño debe ser apartado del mundo de las ideas y valores burgueses.

Con esto ya adivinan ustedes por qué el socialismo tiene que rechazar resueltamente la familia y la escuela, según el antiguo sentido que tenían, pues el complejo de valores burgueses está tradicionalmente ligado a la familia. El niño, por tanto, no debe crecer en la familia, sino que debe ser apartado de ella. Esa es la última meta. Pero de esto hablaremos después.

Si entramos más detalladamente en los principios de la educación socialista, tenemos que trazar al menos las líneas generales y mostrar cómo ella aparta lentamente los sentimientos del niño del mundo de los valores burgueses tradicionales, cómo influye sobre su razón y su voluntad. Diré algunas palabras orientadoras respecto de las tres ideas.

Educación de los sentimientos

Como teoría, la educación socialista está elaborada con cierta amplitud. Llama también en su auxilio, por lo tanto, a las leyes psicológicas generales, pero sobre todo a las leyes de la psicología de los niños. Y una ley psicológica que los nuevos psicólogos han elaborado con especial rapidez nos indica **que un complejo de ideas sólo puede ser eficaz en la educación cuando se ha convertido en un complejo de valores**. Expresado en forma sencilla, significa que el ser humano sólo es arrebatado por una idea en la medida en que ella se apodera del corazón, de sus sentimientos.

Cuando nos ocupamos anteriormente en forma científica de la teoría del ideal personal, señalamos con insistencia los logros de esta moderna teoría de la voluntad. Lo que es válido en general respecto de los hombres, tiene hoy especial importancia en la psicología de los niños. Por eso, en la educación de los niños debemos esforzarnos por todos los medios para que sus sentimientos, el corazón de los niños, sean conquistados por mundos de valores, para que se ligen a ellos en forma profunda, interiormente y de manera indisoluble. ...

¿Cuál es, entonces, según el sentido socialista de la educación, la meta educacional, en cuanto a los sentimientos del niño? El niño debe estar cómodo en el mundo de valores socialistas, desde el punto de vista de sus sentimientos. ¿Y qué

medios se emplean para este fin? Medios que consisten en juegos, pero sólo aparentemente. Pareciera que los Halcones, los Polluelos de Halcones, sólo jugaran en sus grupos, en sus tiendas de campaña, en sus repúblicas. Pero estos juegos tienen un sentido, que es arraigar los sentimientos del niño, amarrarlos, colmarlos interiormente con el mundo de valores de las ideas socialistas. ...

La formación de la razón en el sentido socialista

La formación de la voluntad en el sentido socialista

Sin familia se es vulnerable a la masificación

Por último, la formación socialista de la voluntad. Tiene como meta despertar la voluntad de lucha del proletariado y establecer la disciplina proletaria. ...

Ustedes ven que así ya no estamos en el terreno de la educación, sino decididamente en el de la religión. ¿Qué debemos rechazar, por lo tanto? ¿Qué debemos rechazar conscientemente? La lucha del socialismo por aniquilar la familia. Reflexionen ustedes un instante, por favor, sobre cuántas personas han dado hoy la espalda a la Iglesia. Son personas que todavía pasaron por la familia cristiana. Por favor no olviden lo que esto significa. Pero si nuestros niños crecen en las repúblicas de niños, donde se destruyen todos los lazos familiares, ¿qué actitud van a tener respecto de la Iglesia y de Dios cuando sean adultos, si entienden en último término el matrimonio como una institución para engendrar niños? ¿Aquí disolvemos, aquí hallamos el nervio vital de todo el futuro de nuestro pueblo, el nervio vital del futuro de nuestros niños. Yo pienso que quien comprende lo que ocurre en estos tiempos no puede sólo quejarse, poner el grito en el cielo y echar pestes; no puede decir meramente y en general 'tenemos que poner el acento en la familia. No; debe estar interiormente convencido en forma cabal de que la familia es una institución de derecho natural, querida por Dios, que jamás podrá ser destruida, de lo contrario se destruirá la naturaleza humana.

(...)

... Con la crítica que expuse brevemente hemos dado el paso hacia esta segunda serie de ideas: nuestro movimiento educacional. ...

(...)

... Por eso siempre debemos ver claramente las cosas. También todo nuestro movimiento de educación, que parte de Schoenstatt, debería **acentuar la personalidad más fuertemente que hasta ahora**. No hay ninguna comunidad que no se sostenga y mantenga unida por medio de personalidades vigorosas. Por lo tanto, hay que educar personalidades individuales, tanto más cuanto que el hombre moderno –también en virtud de estímulos y esfuerzos interiores– se afana por lograr la masificación. Por cierto que no debemos ir del brazo con el individualismo en su forma extrema, sino que debemos fomentar la educación de la personalidad de una manera sana, querida por Dios, a la que ha apuntado siempre el catolicismo. Ustedes ven cómo tenemos que cambiar a menudo el acento y por eso

es tan importante que veamos con claridad los principios últimos y nos atengamos firmemente a ellos.

(...)

En segundo lugar, frente al cultivo de la personalidad, o como complemento de ello, debemos acentuar el cultivo de la comunidad. De suyo, es lo mismo que ya he dicho recién. Ahora queremos confrontarlo de manera más psicológica. Si hoy todo marcha hacia la masificación, nosotros –especialmente en nuestros ambientes– debemos atenernos a la idea del organismo: la sana comunidad ha de construirse sobre la base del sano cultivo de la personalidad. ...

(...)

Quien vive en comunidad siente cuán terriblemente difícil es el problema. Fíjense ustedes cuán grande es el peligro en nuestras comunidades religiosas, especialmente en las comunidades femeninas, de que uno caiga víctima de la masificación. Todo debe basarse en las últimas leyes del ser, según la gran ley directriz: 'ordo essendi est ordo agendi'. El gran orden objetivo del ser tiene que constituir la norma para todo lo que hacemos como educadores.

Iglesia y conflictos sociales – Iglesia y proletariado

¿Dónde tendremos que poner el acento principal de nuestro curso? Me parece que primeramente sobre la estructura anímica del hombre que trabaja en la industria, del pueblo que trabaja en ella, del proletario en general. Porque lo que tenemos ante nosotros en nuestras escuelas, en nuestros ámbitos de trabajo, es el fruto de la disposición anímica de los mayores.

(...)

Tres afirmaciones que presentaré una a continuación de la otra tal vez les harán ver mucho más claramente lo que hasta ahora ha intranquilizado tanto el espíritu de ustedes y ha sido fuente de tantos problemas. Entonces verán por qué tal vez se expresan con torpeza ante los niños y se cansan tanto con ellos.

¿Cómo se presenta, pues, el proletario ante la Iglesia y, por cierto, ante nosotros mismos, representantes de la Iglesia?

Primero, como fuego y agua;

segundo, como culpa y expiación;

tercero, como don y tarea.

Primero, como fuego y agua. Esto quiere decir que el proletario está ante la Iglesia con una actitud de enemistad y rechazo. Y nosotros somos representantes de la Iglesia. Por lo tanto, el proletario y el hijo del proletario están de antemano, instintivamente, ante ustedes, como profesoras católicas que son. en una actitud de rechazo. ¿Puedo recordar una frase que expresé hoy en la mañana? La crisis de la época actual es una crisis de confianza. No es tanto ni formalmente, de manera directa, una crisis de fe, sino una crisis de confianza. He aquí la prueba de ello. El proletario ya no tiene confianza en la Iglesia, ya no tiene confianza tampoco en nosotros.

Pero si hemos de ser honrados, debemos trazar un radio más amplio y recalcar que el mundo cultural moderno ya no dispensa, en modo alguno y en lo esencial, su confianza a la Iglesia.

Esto lo vemos también en los círculos burgueses. Van a la Iglesia, pero solamente en la medida en que ella los protege para que puedan vivir sanos y tranquilos. Pero la relación de confianza respecto de la Iglesia está hoy alterada en las más amplias esferas. Pero no estamos hablando del ámbito burgués, sino solamente de los proletarios, de la juventud proletaria. ¿De dónde proviene aquello? Esta pregunta la examinaremos después. Aquí sólo me interesa decir en síntesis lo que hasta ahora hemos expresado sobre el ámbito de nuestras vivencias.

Ustedes por experiencia ya saben que los niños proletarios consideran a la Iglesia como caudataria del capitalismo.

El capitalismo se desarrolló en una época en que la Iglesia dirigía el ordenamiento de la sociedad civil, y esos niños, instintivamente, ven a la Iglesia, a todas las personalidades eclesíásticas –y también a ustedes, en cuanto profesoras– como caudatarias del capitalismo. Y el sentimiento de rechazo del capitalismo se agudiza contra nosotros, aún cuando tal vez no se haya manifestado hasta ahora en los casos particulares, porque quizás si debido al peso de la personalidad de ustedes y el modo que han tenido de abrir el alma de los niños, ustedes han contrarrestado estas ideas y estos juicios de valor.

(...)

En segundo lugar, dije –para caracterizar con trazos gruesos la situación, al menos provisoriamente– que se enfrentan **como culpa y expiación**.

A la vista de los tristes hechos que referí brevemente hace un instante, cabe hacerse una pregunta que surge por sí sola: ¿Quién tiene la culpa de esto? En círculos eclesiales se ha hecho un serio examen de conciencia durante los últimos años, a plena luz pública. Y la confesión de culpas, el "mea culpa, mea culpa, mea máxima culpa", han sido extraordinariamente sinceros. Hoy día se admite de buen grado –también en círculos eclesiales– que esta crisis de confianza no se ha producido sin culpa profunda y seria de la Iglesia y de los representantes de la Iglesia.

¿Dónde reside, pues, la culpa, nuestra culpa? Tuvieron culpa (si así quieren formularlo ustedes) los representantes de la Iglesia. Si yo pretendiera exponer esto detalladamente, en forma sistemática, tendría que empezar desde muy lejos. Sólo puedo destacar algunos puntos y señalar las líneas que, en materia de admisión de culpas, llegan mucho, mucho más allá de la sana medida, según a mí me parece.

(...)

¿Dónde reside esta culpa? Hemos sido negligentes para inculcar y grabar con suficiente seriedad, en primer lugar, el principio de la justicia y, en segundo lugar, la ley del amor, en la conciencia pública, ante todo en la conciencia pública de los capitalistas. Si recordamos los libros que hemos leído

sobre este tema, las prédicas que hemos escuchado sobre él, tendremos que reconocer que aquí se apela a un catolicismo de exigencias mínimas. Las reflexiones e investigaciones para saber si tal cosa era pecado y en qué medida, se han llevado a un extremo, de manera que en la opinión pública se ha inculcado sólo una medida mínima de amor. En el cristianismo primitivo las cosas eran esencialmente distintas. No se preguntaba entonces en primer lugar, de partida, cuál era el deber extremo: era algo evidente que las familias debían acudir a socorrer las necesidades de los demás. Debemos, por lo tanto, acentuar más la ley del amor; debemos aprender a presentar con más fuerza la magnanimidad del amor como aspiración hacia la virtud y la moralidad.

Sin embargo, el hombre moderno, especialmente el trabajador moderno, **no se contenta con la ley del amor: quisiera también que se le hiciera justicia.** ¿No nos habremos dirigido en esta materia acaso con demasiada poca seriedad a la conciencia pública? Cuando Lenin estaba muriendo se le preguntó de parte del círculo de sus amigos si con todos los esfuerzos que había realizado había logrado dar al pueblo el pan necesario y su respuesta fue la siguiente: Si no fue el pan, por lo menos logramos justicia.

Así, el hombre moderno aspira, pues, a la justicia. Y la justicia –según lo verán ustedes explicado más claramente a lo largo del día– es a menudo vulnerada de manera que clama al cielo: es vulnerada aún hoy.

El trabajador quiere justicia. Hace poco un sacerdote me contó que había ayudado a su hermano con importantes sumas de dinero que él recibió con toda naturalidad, pero no se manifestó satisfecho y le había dicho que no le bastaba con recibir limosnas. Quería ser tratado con justicia por los demás; que las instituciones públicas lo trataran con justicia. Quería que se apreciara su valor dentro del organismo de esa sociedad que es el Estado, dentro del organismo de las actuales asociaciones internacionales.

(...) Tenemos que ver claramente estas cosas para comprender más profunda y seriamente esas palabras del Salvador: “Me inspira compasión esta pobre gente” (Mateo, 15, 32; Marcos, 8, 2). A menudo nos hemos golpeado el pecho durante las pláticas sobre ascética, diciendo: ‘Si yo hubiese nacido en medio de circunstancias similares, ¿qué habría hecho?’

Ustedes ven que las ideas recién desarrolladas esquemáticamente ponen el acento en algunos aspectos. Por eso puede considerarse como algo evidente que aún el trabajador y asalariado educado cristianamente, que lucha por el pan de cada día, en la mayoría de los casos se quiebra interiormente con el tiempo y poco a poco entra en conflicto con la Iglesia, con las exigencias sobrenaturales. ...

(...) Y ahora, la tercera contraposición. ¿Cómo deberían mirarse entre sí? como un don y una tarea. Nosotros los cristianos hemos recibido un gran obsequio, un gran don: las verdades de la Salvación, la Redención, hechos y verdades. Cada don es una tarea. He aquí, pues, la gran tarea: sanar a

los miembros enfermos del Cuerpo de Cristo. Esta es tarea para toda la vida de los cristianos y también una tarea para los órganos de la Iglesia y, por ende, nuestra tarea. Cómo hemos de desempeñar esta tarea es el tema que desarrollaremos en las exposiciones y análisis siguientes. ...

(...) ¿es verdad que los cristianos durante la época del cristianismo primitivo no se preocuparon de la cuestión social? Ustedes no deben olvidar que en un principio los cristianos no tenían ninguna influencia sobre el estado pagano. Por tanto, habría sido inútil tratar de abolir la esclavitud, y más tarde, cuando lograron influencia a través de Constantino, el estado era tan débil que apenas podía existir. Habría sido entonces absolutamente inoportuno de parte de los cristianos asumir el problema de la esclavitud como el problema social más grave de la época.

Pero hay que decir que ya en la esencia del cristianismo hallamos las inquietudes sociales. También las encontramos en la Edad Media. En términos generales había entonces paz en las relaciones de las distintas clases entre sí. Pero los principios últimos y más profundos que también hoy debieran informar la cuestión social desde el punto de vista católico eran ya entonces algo corriente. Por ejemplo, cuando santo Tomás, apoyándose en san Agustín, dice que la justicia y el amor deben ser los dos extremos de una consigna y ambos desembocar entremezclados. Aquí tienen ustedes lo que se debe extraer hoy de los antiguos tesoros para aplicarlo eficazmente en la solución de los problemas modernos. El amor sin justicia se convierte en debilidad y la justicia sin amor en dureza.

El organismo de la sociedad humana, por lo tanto, no sólo debe ser regido y dirigido por el amor, sino también por la justicia. Allí está la contraposición que debe constituir el último fundamento de toda comunidad: no sólo amor, sino también justicia. Esto debe ser válido también para nuestra Familia, para nuestra Familia de Schoenstatt. Ambos –la justicia y el amor– desembocan en las últimas consideraciones sobre el amor orgánico. La idea cristiana de la comunidad es la del corpus Christi mysticum. Lo que sabemos de esta idea se debe ver –también según la concepción medioeval– como lo esencial para la solución de la cuestión social. Estas cosas adquieren un acento mucho más vigoroso al ver cómo los hombres modernos han desvitalizado cada vez más todo esto; al ver lo que los hombres modernos han hecho en último término con la idea del organismo, a saber, utilizarla sólo para sus fines.

Pero esto no es posible si no se resuelve la cuestión social para los hombres comunes y corrientes también la cuestión de la alimentación, en su versión moderna. Sabemos que hay personas heroicas que logran sobreponerse a esta situación, pero no podemos convertir en ordinario lo extraordinario. Pero si no se hace un esfuerzo en gran escala para resolver el problema social; si no descendemos para ayudar a los pobres y conseguir justicia y amor para ellos, la Iglesia no puede llegar a ser una Iglesia del pueblo.



Tu banco

Haz tus cosas, mientras haces otras.



CANALES DIGITALES SANTANDER

Úsalos para lo que necesites:

- App Santander.
- Santander.cl

Tu otra forma de ir al banco.



"Sin duda alguna no podríamos realizar una acción apostólica más grande, ni dejar a nuestros sucesores una herencia más preciosa que inducir a nuestra Señora y Soberana a que erija aquí su trono de manera especial, que reparta sus tesoros y obre milagros de gracia.

Sospecharán lo que pretendo: quisiera convertir este lugar en un lugar de peregrinación, en un lugar de gracia, para nuestra casa y toda la Provincia alemana y quizás más allá. Todos los que acudan acá para orar deben experimentar la gloria de María y confesar: ¡Qué bien estamos aquí! ¡Establezcamos aquí nuestra tienda! ¡Este es nuestro rincón predilecto!"

P. José Kentenich / 18 Octubre 1914

